

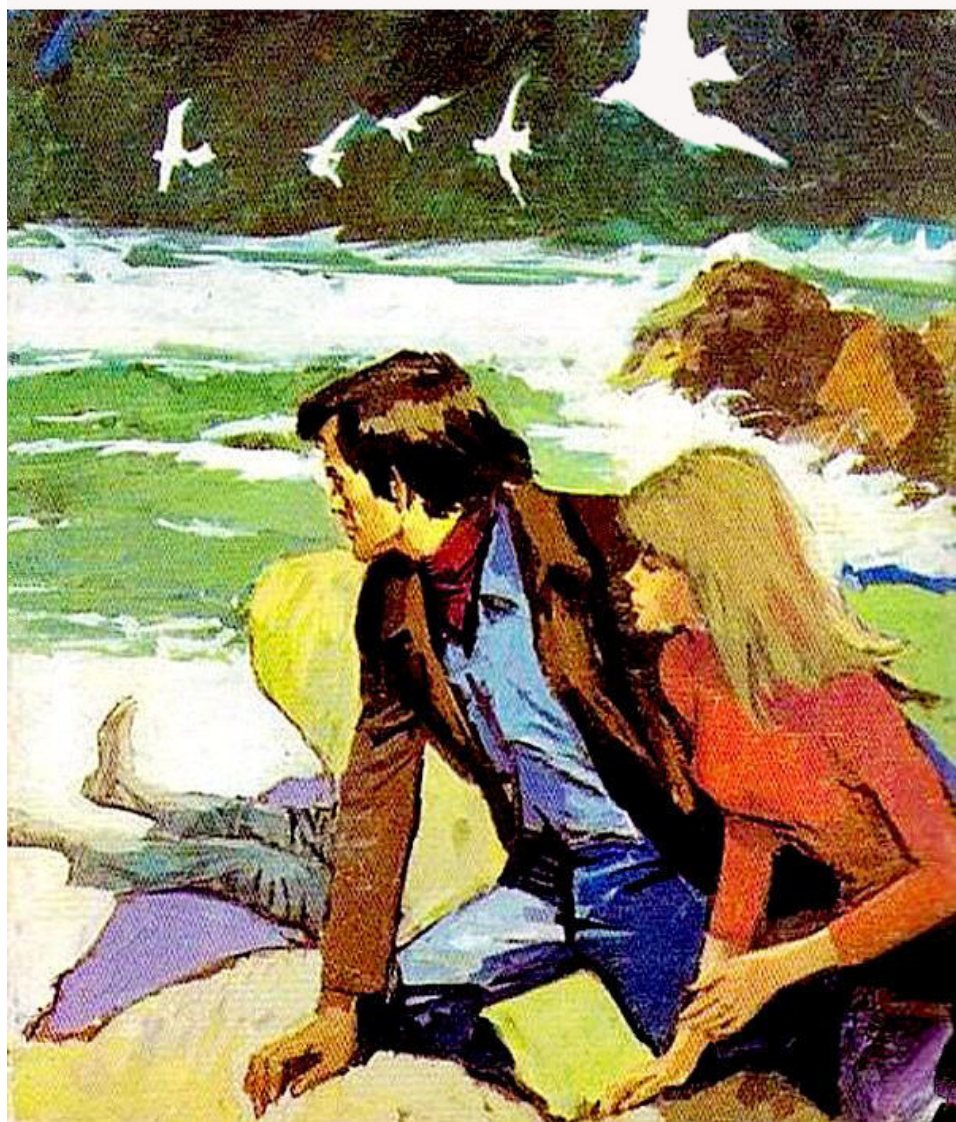
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

un muerto caprichoso

CLARK CARRADOS



Cuando Jim Markham llegó a Ballyport, pensó que había sido víctima de una de dos circunstancias: una tomadura de pelo o la exageración de algún fanático enamorado de aquellos parajes, como debía de serlo el recomendante, buen amigo suyo. No cabía la burla al aconsejarle que pasara sus vacaciones en Ballyport, por lo que era preciso pensar que su amigo estaba chiflado por aquella aldea de pescadores y el panorama circundante.

Ballyport estaba en el fondo de una especie de medio cráter de gran amplitud, parte del cual se adentraba en el mar, formando como una bahía semicircular, con sus extremos bastante accidentados. La costa no tenía grandes accidentes, que permitiesen considerarla como un lugar digno de continua admiración: había trozos muy bajos, prácticamente playas guijarrosas, y algunos escarpados de no demasiada altura, aunque tampoco debía de resultar agradable ser sorprendido en el mar por una tormenta, en un esquife y en las proximidades de alguno de aquellos acantilados.



Clark Carrados

Un muerto caprichoso

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1325

ePub r1.0

Lds 29.08.18

Título original: *Un muerto caprichoso*

Clark Carrados, 1975

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Jim Markham llegó a Ballyport, pensó que había sido víctima de una de dos circunstancias: una tomadura de pelo o la exageración de algún fanático enamorado de aquellos parajes, como debía de serlo el recomendante, buen amigo suyo. No cabía la burla al aconsejarle que pasara sus vacaciones en Ballyport, por lo que era preciso pensar que su amigo estaba chiflado por aquella aldea de pescadores y el panorama circundante.

Ballyport estaba en el fondo de una especie de medio cráter de gran amplitud, parte del cual se adentraba en el mar, formando como una bahía semicircular, con sus extremos bastante accidentados. La costa no tenía grandes accidentes, que permitiesen considerarla como un lugar digno de continua admiración: había trozos muy bajos, prácticamente playas guijarrosas, y algunos escarpados de no demasiada altura, aunque tampoco debía de resultar agradable ser sorprendido en el mar por una tormenta, en un esquife y en las proximidades de alguno de aquellos acantilados.

Por si fuera poco y a pesar de que ya estaban en los inicios del verano, el cielo aparecía completamente gris, plomizo, con las nubes en una espesa capa, sin apenas relieves, como si una gigantesca losa de pizarra hubiera sustituido al azul clásico de una atmósfera limpia y clara. Como no soplaba viento, el mar aparecía igualmente muy tranquilo, espejeante, incluso, pero gris, poco atractivo, deprimente, con escasísimas espumas blancas en algunos de los puntos costeros.

La aldea era pequeña pero limpia, recostada sobre una suave ladera. Había un espigón de piedra, al que se veían amarradas algunas embarcaciones. Al fondo, sobre una loma redonda, cubierta de hierba, con algunos brezos, se divisaba una pequeña ermita de

estilo normando.

Las casas eran generalmente de piedra, con tejado de pizarra. Tan sólo en dos o tres de ellas se veían tejas de lo que en tiempos era arcilla roja y ahora había tomado un color musgoso. Columnas de humo salían de algunas chimeneas y subían rectamente a lo alto.

Pero había una cosa; clara y grisácea, la atmósfera era límpida, sin la menor sombra de contaminación. Aunque Londres había mejorado bastante en los últimos tiempos a este respecto, el cambio resultaba radical, muy reconfortante. Olía a mar y a yodo y, además, había silencio.

Markham contempló la aldea desde la última curva del camino que conducía a ella, antes de acometer el tramo final que se deslizaba por la ladera. No lejos de la iglesita normanda divisó una casa de buenas dimensiones, que le pareció algo así como una mansión residencial, rodeada de un jardín, con algunos árboles de gran tamaño. Casi eran los únicos árboles que había en los alrededores. Las colinas, de suaves curvas, eran páramos en muchos sitios, herbazales en otros y también se veían lugares donde abundaban los brezos. Al menos, se dijo Markham, no se podía negar que, agradable o desagradable, era un país tranquilo.

Reanudó la marcha. Poco después, entraba en la calle principal de Ballyport, prácticamente la única, y no tardó en divisar la muestra de la posada que le había recomendado su amigo: LOS TRES DELFINES.

Paró el coche y se apeó. Un hombre de mediana edad, calvo, con ojos melancólicos, le miró desde el otro lado de una ventana. Markham abrió la puerta y entró en la casa.

—Hola —saludó—. ¿El señor Reeves?

—Yo soy —contestó el individuo—. ¿En qué puedo servirle, caballero?

—Mi nombre es Markham. Un amigo mío, Robert McGuinn, me recomendó el pueblo para pasar una temporada de descanso. Naturalmente, me indicó la posada y su nombre, señor Reeves.

—Ah, sí, recuerdo a su amigo, señor Markham. Bien, hay habitaciones disponibles y... ¿piensa permanecer mucho tiempo en Ballyport?

—Un par de semanas, puede que más —contestó el viajero—. Las dos semanas pueden considerarse como plazo seguro...

Cojeando ligeramente, Reeves caminó hasta el otro lado del mostrador de recepción y descolgó una llave.

—Habitación número dos —indicó—. Es una de las mejores, con baño individual, chimenea y una preciosa vista al mar. El precio son dos libras y media diaria, comidas incluidas.

«Un poco caro», pensó Markham, pero no iba a discutir por unos peniques de más o menos.

—Le subiré el equipaje —añadió Reeves.

Y, en el mismo momento, una hermosa mujer apareció en el vestíbulo.

Era morena, de ojos ardientes, figura opulenta, resaltada por un traje sumamente ceñido, y de unos treinta y dos años de edad. Vio al recién llegado y sonrió ligeramente.

—Hola, Thad —dijo.

—Señora, le presento al señor Markham. Viene a pasar un par de semanas en la posada... Señor Markham, la señora Farrar.

Markham inclinó la cabeza.

—Encantado, señora —saludó.

—Es un placer —dijo ella—. Bien venido a Ballyport y ojalá disfrute de sus vacaciones.

—Mil gracias, señora. Con su permiso...

La escalera que conducía al piso superior estaba al otro lado del vestíbulo. Markham emprendió la ascensión con paso normal. Mientras subía, oyó la voz de la mujer:

—¿Viene solamente a pasar unas vacaciones, Thad?

—Al menos, eso es lo que ha dicho. Para mí, señora, es otro de los tipos que andan buscando la fortuna de Lane Fillmore. ¿Por qué diablos tendría aquel condenado bandido que venir a esconder su dinero en esta aldea?

—Fillmore había nacido aquí, no lo olvide —dijo ella.

Reeves soltó un gruñido, pero Markham ya no oyó más, puesto que había llegado al piso superior. Se preguntó, intrigado, quién podía ser aquél Lane Fillmore y por qué había venido a esconder un montón de dinero a Ballyport. Pero no era asunto que pudiera interesarle, resolvió finalmente, mientras abría la puerta.

La habitación le gustó: amplia, cómoda, espaciosa, con muebles antiguos y sólidos y una chimenea en uno de los muros, junto a la cual estaba el hueco de la leñera, debidamente lleno de troncos

secos. El baño era moderno y no carecía de ningún requisito. Haría mejor o peor tiempo, pero Markham se dijo que su amigo había tenido razón al recomendarle Ballyport como el lugar ideal para unas vacaciones.

* * *

El vientecillo era apenas perceptible y traía aromas de sal y yodo. Tan sólo había pasado una noche en Ballyport, durante la cual había dormido como hacía mucho tiempo no le sucedía, y ya se sentía considerablemente mejorado. Paseaba por la playa guijarrosa contra la cual rompían unas pequeñas olas, que apenas si hacían ruido, bajo un cielo obstinadamente gris, cuando, de pronto, vio a lo lejos una figura humana que se acercaba con cierta rapidez.

A los pocos momentos, distinguió una cabellera rubia suelta, que se agitaba al viento. La mujer iba acompañada de un perro, el cual corría y saltaba alegremente a su alrededor.

Era joven, apreció Markham poco después, muy esbelta, y vestía una chaquetilla de punto, bajo la cual había un *pullover* de cuello alto. Los pantalones impedían ver el contorno de sus piernas.

La joven y el perro, grande, de pelaje marrón claro y lobo de raza, llegaron junto al paseante. Ella le miró, sonrió y dijo:

—¡Hola!

El perro ladró amistosamente. Markham hizo una leve inclinación.

—Buenos días, señora...

—Señorita —corrigió ella—. Usted es forastero.

—Jim Markham, de vacaciones, a su servicio, señorita...

—Mary Castle. Éste es «Fabius» —dijo ella, señalando al perro—. Saluda al caballero, «Fabius».

El lobo se acercó a Markham y levantó una pata. Markham la tomó con toda gravedad.

—Hola, «Fabius» —sonrió. Se volvió hacia la chica—. Lo tiene usted muy bien educado, señorita Castle.

—Su madre había muerto y yo lo crié con biberón. Pero no se fíe, también le he enseñado a atacar.

—Lógico —convino Markham.

—Aunque sólo lo haría si pronunciase una palabra clave. Me lo

enseñó un monitor de perros y me trazó un programa de entrenamiento secreto. «Fabius» será siempre un animal amistoso y pacífico, mientras yo no le de la orden de atacar.

—Una precaución muy conveniente, en determinadas circunstancias. ¿Vive usted aquí, señorita Castle?

—Sí. —Ella se volvió un poco para señalar la casa situada en lo alto—. Allá arriba, en Green Hill House —añadió—. La iglesia que se ve a poca distancia forma también parte de la propiedad. Pero yo soy solamente la ocupante, no la dueña.

—Oh, comprendo. Sin embargo, es un lugar muy bonito...

Mary se encogió de hombros.

—Por lo menos, tranquilo —contestó.

—Yo he venido a pasar unas vacaciones. Últimamente tuve mucho trabajo y empezaba a agotarme. Lo dejé antes de que pasara a mayores. Un amigo mío me recomendó Ballyport... y aquí estoy —explicó Markham.

—Ballyport es ideal para gozar de la tranquilidad que no hay en Londres, porque, supongo, usted viene de Londres.

—Así es, señorita.

—Yo hago un par de viajes anuales. De cuando en cuando, conviene un «baño» de civilización. Compró vestidos, me divierto con algunos amigos...

—Romper la monotonía de la vida de Ballyport —sonrió Markham.

—Exactamente. —Mary le tendió una mano, fina y delicada, pero también fuerte—. Ha sido un placer, señor Markham.

—Lo mismo digo, señorita Castle. Adiós, «Fabius».

El can meneó alegremente la cola. Mary se marchó corriendo, mientras «Fabius» saltaba a su alrededor, ladrando alegremente.

Markham contempló aquella hermosa estampa con la sonrisa en los labios. De pronto, vio que Mary llegaba al final de la playa, cortada por un pequeño acantilado, que formaba una especie de promontorio de paredes muy escarpadas. El promontorio se adentraba en el mar unos treinta o cuarenta metros y al final se veían algunas rocas aisladas, de agudas aristas, como un pequeño archipiélago.

De repente, cuando ya iba a volverse, Markham oyó unos fuertes ladridos.

El suceso le extrañó, ya que «Fabius» parecía furioso por algo. Miró en aquella dirección y vio al can, a unos setenta u ochenta metros, parado ante un determinado punto del acantilado. Mary miraba hacia aquel lugar con notoria curiosidad, mientras los ladridos continuaban sonando con fuerza.

Markham echó a correr hacia la joven.

—¿Qué pasa? —preguntó, al llegar junto a ella.

—No lo sé —respondió Mary—. «Fabius» se puso a ladrar súbitamente y...

El animal dio unos pasos, hasta llegar casi al borde de la playa. Pero estaba muy cerca de la base del acantilado y sus ladridos parecían dirigirse contra un punto situado a un par de metros del suelo.

—Debe de haber algo ahí arriba —dijo Mary—. Sé que hay una cueva...

—¿Una cueva? —repitió Markham, extrañado—. Pero si no se ve la entrada.

—Está oculta por esa roca saliente —explicó la joven—. ¿No ve esa repisa? Es una especie de caminito que conduce a la cueva...

Markham adelantó unos pasos.

—Voy a ver —dijo—. Procure tranquilizar al perro, señorita Castle.

Mary agarró a «Fabius» por el collar y le pasó la mano por el lomo. Los ladridos se convirtieron en gruñidos sordos. Mary notó que el vello del lomo de «Fabius» continuaba erizado.

Markham se acercó al acantilado y buscó un camino adecuado para trepar al sendero rocoso. El ascenso era bastante difícil, por lo que enseguida supo que el instinto del can le había hecho abstenerse de trepar por la roca.

Sin embargo, agarrándose con las manos y tanteando cuidadosamente con los pies, consiguió llegar hasta la repisa, situada en aquel lugar a casi tres metros. Aquella especie de sendero tenía unos treinta centímetros de ancho y su origen era natural, aunque, tal vez en tiempos remotos, alguien había ayudado a suprimir algunos obstáculos.

Agarrándose al saliente con ambas manos, pasó al otro lado. Entonces vio la entrada de la cueva.

Era semicircular, de unos dos metros de altura y otro tanto de

anchura, con bordes sumamente irregulares. El fondo estaba sumido en la penumbra, pero le pareció ver una mancha blanca.

—¿Ve algo, señor Markham? —gritó Mary desde abajo.

—Sí, pero no se distingue claramente qué pueda ser —contestó él—. Entraré en la cueva...

—¡Tenga cuidado con los cangrejos! —avisó la muchacha.

Markham respingó. Giró en redondo y miró hacia abajo.

—¿Ha dicho cangrejos? —preguntó.

—Sí, suelen abundar y son muy voraces. —El tranquilo estado de la mar permitía una conversación en tono casi natural—. Hace años, un pescador se quedó dormido ahí en esa misma cueva, y fue devorado por los cangrejos.

El forastero sintió un escalofrío. Casi en el mismo instante, percibió un leve ruidito que le puso los pelos de punta.

* * *

Robert McGuinn no le había hablado para nada de la cueva ni de los cangrejos caníbales. Claro que aquellos voraces artrópodos no debían limitar su dieta solamente a carne humana. Pero si encontraban un pescador desprevenido, seguramente lo consideraban como plato fuerte en día de fiesta muy principal.

El año anterior había ido de vacaciones a España y asistido a una fiesta flamenca. Le pareció que en el interior de la cueva había miles de diminutas castañuelas repiqueteando sin cesar. Avanzó unos cuantos pasos y entonces fue cuando, divisó el cadáver semidesnudo, a una docena escasa de metros de la entrada.

Los cangrejos hormigueaban sobre el cuerpo humano. Markham divisó una cara ya descamada, a la que faltaba el ojo izquierdo. Los dientes formaban una petrificada carcajada de burla. El muerto parecía reírse de los diminutos seres que se movían incesantemente sobre él.

Markham sintió náuseas. El pie izquierdo del cadáver aparecía igualmente descamado.

Sintió náuseas. De pronto, una pequeña bandada de cangrejos, animales no mayores que la mitad de su mano, parecieron presentir una nueva presa y corrieron chasqueantes hacia él. Markham dio un salto y escapó de aquel antro de horror.

En unos segundos estuvo en la repisa, Mary le miró inquisitivamente desde la playa.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó.

—Yo diría que es el segundo pescador descuidado —contestó el forastero.

Mary lanzó un gemido de horror. Markham descendió un poco más y acabó saltando a la playa.

—Los cangrejos se lo están comiendo —dijo, Ella estaba muy pálida.

—«Fabius» tenía razón; su instinto no podía engañarle —contestó.

—Desde luego, pero será preciso avisar a las autoridades. Hay que evitar que los cangrejos sigan devorando a ese desgraciado.

—En Ballyport hay un agente de policía, aunque me temo que el buen Jay Grattan no podrá hacer demasiado. De todas formas, es asunto suyo —dijo Mary.

—Por supuesto. ¿Vamos, señorita Castle?

Mary asintió. Echaron a andar juntos.

—Será preciso que Grattan se deprisa o, de lo contrario, la marea entrará en la cueva y arrastrará el cadáver a alta mar —dijo ella.

Markham se volvió. En aquellos parajes, encontraba lógico que las mareas alcanzasen una cota muy elevada.

Se estremeció. Por nada del mundo habría querido hallarse en la cueva en el momento culminante de la marea alta.

«Fabius» seguía gruñendo, aunque parecía calmarse poco a poco, sobre todo, por el contacto tranquilizador de la mano de su dueña, que le daba frecuentes palmaditas en la cabeza. Markham pensó que el hallazgo del cadáver podía dar al traste con unas vacaciones iniciadas con tan buen pie.

CAPÍTULO II

Una mujer de cierta edad, pecho liso y semblante desabrido le subió el desayuno a la habitación al día siguiente. Estaba terminando de consumirlo, cuando llamaron a la puerta.

—¡Pase! —dijo Markham.

La rechoncha figura del policía de la aldea apareció ante sus ojos. Markham sonrió.

—Buenos días, agente Grattan. Entre y tome asiento —invitó.

—Siento molestarle...

—No es molestia, sino todo lo contrario. Yo sí que lamento no poder compartir mi desayuno con usted —dijo el forastero.

—Ya lo he hecho, señor. —Grattan agarró una silla y se sentó frente al ocupante de la habitación—. Señor Markham, dado mi puesto en la localidad, y aunque usted ya declaró ayer, he juzgado oportuno hacerle algunas preguntas más.

—Estoy a su entera disposición. Comience cuando guste, amigo mío.

Grattan se quitó el casco para abanicarse el rostro encarnado y sudoroso. Quejóse de calor, cosa que extrañó a Markham, ya que el día tenía todas las características climatológicas idénticas a las de la víspera.

—Se trata del muerto —dijo Grattan—. Está en la capital del condado, donde procurarán identificarlo. Una cosa es segura; no era de Ballyport ni nadie le había visto hasta ahora.

—En resumen, un perfecto desconocido.

—Sí, señor.

—Sin duda se emborrachó y...

—No —contradijo Grattan—. Tenía fracturada la base del cráneo. A primera vista, el médico de Ballyport, doctor Mac Donald,

observó un total hundimiento de la parte posterior de la cabeza. El fallecimiento debió de ser instantáneo.

—Horrible —comentó Markham.

—El médico cree que la víctima fue llevada a la cueva.

—Es decir, lo asesinaron en otra parte y después lo llevaron a la cueva de los cangrejos.

—Exactamente, señor. De este modo, esperaban hacer desaparecer el cuerpo del delito. Los cangrejos habrían devorado la carne y el oleaje, si no en la próxima marea, en la siguiente, habría arrastrado los huesos.

—Es decir, el que llevó el cadáver a la cueva, o lo hizo llevar, conocía bien las propiedades de ese lugar.

—Justamente, señor Markham. Pero no contaron con que la señorita Mary saldría de paseo con su perro ni que se encontraría casualmente con usted en aquella playa...

—Ni que el perro olfatearía algo extraño y empezaría a ladrar furiosamente, lo cual llamó mi atención —sonrió Markham.

—Así sucedió, ya que no tengo motivos para dudar de ustedes dos. Pero lo que me gustaría saber es si vieron alguna cosa más, aparte de lo que ya han relatado.

—¿Quiere decir algún detalle particular, huellas, pisadas o algo por el estilo?

—Eso mismo, señor.

Markham meneó la cabeza.

—La verdad, yo subí a la cueva, extrañado por los ladridos de «Fabius». La señorita Castle me advirtió sobre los cangrejos carnívoros y sólo entré en la cueva media docena de pasos. Vi el bulto de un hombre medio devorado y salí a la carrera. No me entretuve en observar más aquel paraje, sobre todo, porque divisé una bandada de crustáceos que pretendían atacarme.

—Son terriblemente voraces —comentó Grattan—. La marea se los lleva, pero vuelven muy pronto. En el intervalo entre dos mareas, se comerían a una docena de caballos, créame.

—Un lugar siniestro —observó Markham.

—Sí, demasiado, pero tampoco podemos hacer nada por expulsarlos. Aunque matásemos a todos los que hay ahora en la cueva, dentro de unas semanas, estaría llena otra vez. Siempre quedarían crías en alguna otra cueva submarina y cangrejos adultos

para guiar a los jóvenes.

—Es curioso. Esos bichos parecen sentir cierta querencia por la cueva.

—Hace algunos años vino un biólogo y dijo que la consideraban como su territorio. Yo no entiendo mucho de estas cosas..., pero ahí están, señor Markham.

—Bien, el caso ahora es no quedarse dormido en la cueva —sonrió el huésped—. ¿En qué más puedo ayudarle, agente?

—Todavía no sé su profesión, señor Markham. Sé que ha venido aquí para pasar un par de semanas de descanso, recomendado por un conocido; sé que proviene de Londres..., pero eso es todo.

Markham continuaba sonriendo.

—Soy investigador privado —dijo.

—Oh, un detective...

—En cierto modo, aunque no a la manera clásica de un Sherlock Holmes. Investigo todo, por supuesto, pero, en los últimos tiempos, me encomendaron revisar los libros de una sociedad de la que se sospechaban actividades fraudulentas. Fue un trabajo largo y tedioso, pero también muy intenso. Acabé que no veía más que números en sueños; por eso consideré conveniente una especie de «lavado de cerebro», es decir, pasar dos semanas en la aldea, sin hacer otra cosa que descansar y no leer una sola línea de un periódico, ni siquiera las reseñas deportivas. Por otra parte, fue también el consejo de un médico amigo... ¿Satisfecho, agente?

Grattan sonrió y se puso en pie.

—Ha sido usted muy amable. Mil gracias, señor Markham —se despidió.

—Oh, aguarde un momento —dijo el forastero—. Me había olvidado de algo... Agente, ¿qué sabe usted de un tal Lane Fillmore?

—Vino aquí hace algunos años y murió hará cosa de seis meses. La gente dice que escondió en alguna parte una inmensa cantidad de dinero, pero, francamente, yo nunca he creído en fábulas.

—O sea, esa especie de tesoro es solamente una leyenda.

—Sí. Buenos días, señor Markham.

—Buenos días, agente.

Markham encendió un cigarrillo al quedarse solo. ¿Por qué había sido asesinado un hombre completamente desconocido?

¿Dónde había muerto y quién lo había transportado hasta la cueva de los cangrejos?

—Jim, has venido aquí a descansar. Despreocúpate de ese crimen —se aconsejó a sí mismo.

Pero no podía olvidarlo. Porque había un detalle sumamente revelador en el que, quizá, nadie había reparado hasta aquel momento.

El muerto podía ser forastero y desconocido, pero los que habían llevado su cuerpo hasta la cueva de los cangrejos tenían que conocer a la fuerza las peculiaridades de aquel paraje.

¿Eran de Ballyport?

* * *

Bajó poco después, dispuesto a darse un paseo. Quería observar de nuevo la tétrica cueva de los cangrejos, con las debidas precauciones. Entonces divisó a dos sujetos que charlaban animadamente, pero en voz baja, en el comedor de la posada.

Ambos parecían forasteros y de una edad comprendida entre los treinta y treinta y cinco años. A Markham le parecieron dos pistoleros de película, dado su aspecto y la vestimenta que usaban. De pronto, oyó una voz femenina:

—¿De paseo, señor Markham?

El interpelado se volvió. La señora Farrar estaba delante de él, tan atractiva como la víspera. Ahora, sin embargo, llevaba un vestido de color claro, aunque no menos ajustado que el otro. El hecho de que el escote apenas existiera no restaba atractivos a su opulenta figura.

—Entre otras cosas, a eso he venido, señora Farrar —contestó.

—Pero se encontró con un muerto, el primer día de su llegada —rió ella.

—Fue algo muy desagradable, aunque también casual. No creo que hoy me encuentre con el segundo cadáver.

—Esas cosas no pasan a diario, desde luego. Pero, como usted ha dicho, son desagradables.

—Señora Farrar, la víctima murió violentamente, lo que indica un posible crimen. ¿Lo cree relacionado con el dinero de Fillmore?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Se dicen tantas cosas sobre ese dinero... Pero el caso es que nadie ha visto más billetes que los que usaba Fillmore para sus compras cuando vivía.

—Por lo visto, era muy rico.

—Al menos, eso decían. En realidad, Fillmore procedía de Ballyport. Cuando era un muchacho, se hartó de este ambiente —no es el primero, por supuesto—, y se marchó a Estados Unidos. Parece que allí progresó extraordinariamente y, ya maduro consideró que debía retirarse a su pueblo natal. Eso es todo, señor Markham.

—Es decir, hizo fortuna al otro lado del charco.

—No vino con los bolsillos vacíos, si es a eso a lo que se refiere, pero tampoco vivía aquí una existencia de maharajá de la India. Su vida era más bien corriente, sin derroches inútiles, pero también sin privarse de nada.

—Y murió hará unos seis meses...

—Sí, de un ataque cardíaco. Tenía una asistenta que iba a su casa a diario y se lo encontró muerto en la cama.

—Lamentable. Señora Farrar, ¿puedo hacerle una pregunta más?

—Claro —sonrió ella.

—¿Dónde vivía Fillmore?

Los ojos de la mujer chispearon.

—¿Piensa buscar su tesoro? —preguntó maliciosa.

—Oh, no, no, simple curiosidad...

—Hay una casa solitaria en el extremo Noroeste de la aldea, a pocos pasos del camino que conduce a Old Church Hill, la iglesia vieja de la colina. La casa está ahora cerrada, como es lógico.

—No pienso entrar en ella, señora. Muchas gracias.

La señora Farrar le dirigió una cálida sonrisa. Markham se preguntó qué podía hacer una mujer tan hermosa y refinada en aquella triste aldea de pescadores. Pero eso era cuenta suya, se dijo, mientras cruzaba el umbral de la puerta.

* * *

La casa era de planta cuadrada, con un solo piso y tejado de pizarra a dos aguas. Estaba en el centro de un jardín bastante descuidado, rodeado por una tapia de piedra de poco más de un metro de altura.

Frente a la puerta principal se veía un surtidor, ahora seco, adornado por una interpretación bastante liberal de la diosa Fortuna, derramando dones con el cuerno de la abundancia. De allí salían dos chorros de agua que ahora no se veían.

La puerta y las ventanas estaban cerradas, éstas con los postigos echados. Había algunos trozos con hiedra en la fachada, de grandes sillares de arenisca oscura, musgosa en muchos sitios. Era un lugar poco atractivo, melancólico... aunque quizá su difunto dueño lo había elegido para descansar, fatigado por años enteros de duro trabajo en el país del dólar.

De pronto, oyó un carraspeo a su espalda. Alguien lanzó una risita irónica.

—¿Qué, le gusta la casa del *gángster*? ¿Piensa comprarla? —Sonó la voz del individuo.

Extrañado a la vez que sorprendido, Markham se volvió. Delante de él había un tipo de edad indefinible, con gorra a cuadros y ropajes más sucios que raídos. Los pelos blancos que se veían en su barba de varios días eran más indicio de un cuerpo gastado que de vejez auténtica.

—Quién sabe, tal vez hallaría en ese caserón una verdadera fortuna —añadió el estrambótico sujeto.

—No he venido aquí a comprar ninguna casa, señor...

El otro escupió a un lado.

—McOckus —dijo—. Benny McOckus, pero puede llamarme Benny, como hacen todos.

Usted es el forastero que descubrió ayer el «fiambre» en la cueva de los cangrejos.

—Sí, Jim Markham, en efecto.

McOckus se tocó la visera de su mugrienta gorra.

—Encantado, señor Markham —dijo—. Usted es todo un caballero, cosa que no se puede decir de muchas personas en Ballyport.

El forastero entendió claramente el sentido de aquellas aduladoras palabras.

—Lástima —dijo—. Si hubiese una taberna cercana, le invitaría a un trago, pero, de todas formas, usted puede tomárselo a mi salud.

Una moneda de media corona cambió de manos. McOckus, al

sonreír, enseñó una dentadura desvencijada y amarillenta.

—Mil gracias, señor —dijo—. Si de veras quiere comprar la casa de Fillmore, yo podría indicarle...

—No quiero comprar esa casa ni ninguna otra en Ballyport, Benny —contestó Markham—. Pero ¿por qué lo ha calificado de *gángster*?

—Toma, porque lo era. Se marchó de joven, un adolescente, a Estados Unidos, y consideró que deslomarse trabajando no era para él. Por eso entró en una pandilla de la que llegó a ser el jefe. Pero, por lo visto, en los últimos años, los negocios no les iban bien, o los policías apretaban demasiado, por lo que Fillmore decidió deshacerse del negocio. Lo malo, para sus colegas, es que no repartió el botín. Se lo trajo aquí, en buenos billetes de banco, pero, hasta ahora, nadie ha encontrado un solo dólar.

—Está usted muy bien enterado de lo que hizo Fillmore, Benny —comentó Markham.

McOckus soltó una risita.

—Yo también estuve en Estados Unidos. Fillmore me propuso entrar en su pandilla, pero la cosa no me gustó. Uno puede tener muchos defectos, pero no tengo estómago para matar a una persona a sangre fría. Y eso es lo que quería Fillmore de mí, ¿comprende?

—Sí, Benny. De modo que conocía al difunto...

—Cuando yo estaba en Chicago, oí sonar mucho su nombre. Luego vi fotografías en los periódicos. Tuvo un proceso y salió a relucir su origen. Querían deportarlo, pero él se había nacionalizado ya norteamericano y no pudieron hacerle nada. Por eso fui a visitarle; aunque me pasaba diez años, su padre y el mío habían sido bastante amigos.

Benny chasqueó la lengua.

—Fillmore vivía con un lujo impresionante —continuó—. La verdad, no sé por qué abandonó todo para encerrarse en este poblacho. Pero las gentes, en cuanto llegan a cierta edad, se vuelven raras, ¿no le parece, caballero?

Markham sonrió.

—Sí, ocurre a veces, Benny —dijo cortésmente.

—Fillmore salía muy poco. Yo diría que tenía miedo. Siempre miraba detrás de sí. Nunca compró una botella que no abriese él en persona, después de comprobar que los precintos estaban intactos. Y

si la empezaba y no la acababa, ya no consumía el resto.

Tenía un miedo espantoso a morir.

—Envenenado, supongo.

—O a tiros. —McOckus soltó una risita—. Pero ya ve, fue a morir en la cama, de un estúpido ataque al corazón... —La mugrienta mano del individuo subió de nuevo hasta la gorra—. Beberé a su salud —se despidió.

Markham contempló unos instantes al sujeto. Luego dio media vuelta y empezó a caminar por el sendero sin asfaltar que serpenteaba entre las colinas, en dirección a Old Church Hill, a la izquierda, y a Green Hill House a la derecha.

CAPÍTULO III

La iglesia, pequeña, de recios muros de piedra oscurecida por el tiempo, estaba cerrada. Markham dio la vuelta a su alrededor. No tenía demasiado mérito, salvo el de su antigüedad. Pero le hubiera gustado contemplar el interior.

De pronto, oyó un agudo ladrido.

Volvió la cabeza. «Fabius» atravesaba a grandes saltos el pequeño valle que había entre las dos colinas y corría a su encuentro. Detrás se divisaba el rojo *pullover* y la falda negra de Mary Castle.

El perro llegó y se puso en pie sobre su pecho. Markham le acarició la cabeza, mientras el can gruñía satisfecho. Mary llegó poco después.

—Dispénsele, señor Markham —dijo, un tanto encarnada—. Le olfateó y echó a correr, sin que yo pudiera impedirselo...

—No tiene importancia, señorita —sonrió él—. Me agrada saber que «Fabius» se ha hecho mi amigo con tanta rapidez.

—Es poco corriente, en efecto. Ya le dije que si no le doy la orden, no ataca, ni aun en el caso de que me vea que me van a hacer daño; pero, a pesar de todo, se muestra indiferente con la mayoría de las personas.

—Bueno, quizá es que yo tengo un atractivo especial para los perros —exclamó él jovialmente—. ¿Qué tal ha pasado la noche, señorita Castle?

Mary entendió en el acto el sentido de la pregunta.

—Fatal —contestó—. He dormido muy poco y, cuando me dormía, soñaba siempre con los cangrejos que subían a la cama a devorarme...

—Debiera haber tomado un sedante —opinó Markham.

—No me gusta. Y esa impresión es algo que acabará por pasarse. ¿Sabe más noticias del caso?

—No, todavía no han identificado a la víctima. Pero yo me he formado una hipótesis...

—¿Sí? Será interesante oírle —sonrió Mary.

—Bueno, el muerto es desconocido, nadie sabe quién es ni le ha visto jamás en la aldea, pero ¿quién sabía que los cangrejos devorarían su cadáver y que la marea, tarde o temprano, arrastraría los huesos?

Ella se quedó muy pensativa.

—Es verdad —convino—. Parece lógico que gente de la aldea interviniera en el crimen, aunque quizá otras personas puedan conocer el dato de la cueva. No olvidemos que en el verano vienen muchos forasteros y que es raro el que no ha oído hablar de esa cueva y que, incluso, la ha visitado.

—Sí, pero no es verano y, me parece, por el momento, soy el único forastero en Ballyport —adujo Markham.

—Lo siento, no se me ocurren más ideas sobre el particular —confesó la muchacha.

—De todos modos, habrá que esperar a que se haga la autopsia. Tal vez alguien conocía la existencia de esa cueva y trajo el cadáver desde muy lejos. No olvidemos que la cueva está casi a una milla de la aldea y que los que transportaron al muerto pudieron hacerlo perfectamente durante la noche, sin ser vistos ni oídos.

—Eso también es cierto, señor Markham.

—La autopsia dirá la hora aproximada de la muerte. Esclarecerá algunos misterios, opino, aunque no los motivos del crimen.

—La gente dice que está relacionado con el dinero de Fillmore.

—Ah, el antiguo *gángster* —sonrió Markham.

—No se sabe seguro que lo fuera...

—Yo he hablado con una persona que asegura que Fillmore fue un *gángster*.

—Benny McOckus, ¿verdad?

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe usted?

Mary sonrió maliciosamente.

—Es la historia que cuenta a todo forastero, para sacarle media corona —dijo.

—Vaya, no sabía que Benny fuese un timador en pequeña escala

—se decepcionó Markham.

—Bueno, timador... También fue a Estados Unidos y permaneció allí una temporada. Quizá Fillmore tuvo problemas con la ley y él se enteró de las noticias por los periódicos. Luego empezó a contar su historia, añadiendo nuevos detalles en cada relato... El caso es ganarse unos peniques para ginebra.

—A mí me pareció que Benny era sincero, señorita Castle.

Mary hizo un gesto de desprecio.

—No le haga demasiado caso —contestó—. Es buena persona, pero con el defecto de ser un haragán y un borrachín.

—Lo tendré en cuenta —dijo Markham.

Ella le dirigió una amistosa sonrisa.

—Hasta la vista —se despidió—. ¡Vamos, «Fabiús»!

La joven y el can se alejaron corriendo. Era una hermosa estampa, pensó Markham, mientras los veía descender la ladera herbosa juntos. Cuando llegó al camino, Mary frenó su carrera, se volvió un instante y agitó la mano. Markham correspondió con un gesto análogo.

Luego emprendió el camino de regreso. La segunda visita a la cueva de los cangrejos quedaba pospuesta para el día siguiente.

Cuando llegó a la posada, se encontró a McOckus en la puerta.

—El conflicto se agudiza —dijo McOckus.

—¿Cómo?

—He visto dos viejos conocidos, Frankie Nord y Geo Rowson. En tiempos eran «torpedos» en la banda de Fillmore.

—¿«Torpedos»? —repitió Markham, asombrado.

McOckus hizo un gesto significativo con el índice de su mano derecha.

—¡Pum, pum! Pistoleros, ejecutores, vamos, lo que yo no quise ser —dijo.

—Ah, entiendo. Pero usted hace mucho tiempo que falta...

McOckus soltó una risita.

—Ocho años y ellos ya tenían callos en la mano derecha de tanto usar la pistola cuando yo estaba en aquel país —contestó—. Pero entonces yo llevaba mejores ropas y me afeitaba a diario. Ni siquiera me han reconocido, se lo aseguro.

—Bien, gracias por la información, aunque debo decirle que yo no tengo nada contra ellos ni estoy en relación con sus actividades.

—Oh, se lo decía para que estuviese prevenido. Diríase que esperan a alguien, aunque no sé a quién. Conozco su estilo, señor Markham. Cuidado, mucho cuidado; son pájaros de cuenta. Y aún había más en la banda.

El estrambótico individuo se alejó tarareando una obscena cancioncilla, plagada de palabras de «argot». Markham se quedó perplejo, preguntándose si debía creer a Benny o a Mary Castle.

Lo cierto era que los dos sujetos le habían resultado desagradables desde el primer momento. Pero se sentía tranquilo, porque no tenía nada que ver con lo sucedido.

Entró en la posada y se dirigió tranquilamente al comedor para tomar el almuerzo de mediodía. Rowson y Nord, los dos «torpedos», estaban sentados a la misma mesa. Debían de haber almorzado ya, porque entretenían el ocio con una baraja.

Más tarde, los dos sujetos subieron al primer piso. Reeves informó a Markham que habían tomado una habitación con dos camas. No sabía más de ellos, pero no le gustaba su aspecto.

—No tienen pinta de turistas ni de veraneantes —dijo el conserje—. Estoy seguro de que han venido a Ballyport por el dinero de Fillmore.

—Tal vez —convino amablemente—. ¿Ha visto al señor Grattan?

—No, creo que ha ido a la capital del condado para recoger el informe de la autopsia...

—Muchas gracias, Thad.

—A su disposición, señor.

Después de almorzar, operación que realizó con absoluta naturalidad, sin acordarse en absoluto de los dos «turistas», subió unos momentos a su habitación. Cuando salía, dispuesto a encaminarse a la cueva de los cangrejos, ya que le quedaba suficiente tiempo con luz, se encontró con la señora Farrar.

—¿Cómo está, señora? —saludó cortésmente.

—Es usted quien debe responder a una pregunta análoga —dijo ella—. ¿Encuentra todo adecuado?

Markham se sorprendió de aquellas palabras. La mujer rompió a reír.

—Apuesto algo a que no sabe todavía que soy la dueña de la posada —dijo.

—¡Oh! —Markham se sentía verdaderamente confundido—.

Cierto, no sabía nada ni Reeves mencionó este detalle... Claro que tal vez dio por sentado que ya lo sabía, pero le juro que mi ignorancia a este respecto era absoluta.

—No se preocupe. Quizá pensó que yo era un huésped.

—Pues, a decir verdad, sí, señora Farrar.

—Ballyport es insoportable durante los meses de invierno, que son diez al cabo del año. Claro que yo he de aguantar dos, más los dos de verano, pero los ocho meses restantes me los paso fuera de este detestable lugar. A fin de cuentas, he de vigilar el negocio, aunque Reeves haga la mayor parte del trabajo.

—Entonces, no reside permanentemente...

—Sólo de junio a septiembre —aclaró ella.

Pero no dijo dónde residía el resto del año, pensó Markham.

—Señora Farrar...

—Mi nombre es Lynn, amigo mío —indicó ella, con cierta chispa de malicia en los ojos—. Sí —dijo Markham, dispuesto a no caer en la sutil trampa que ella empezaba a tenderle—. Esto... bueno, he hablado con un tipo pintoresco, un tal Benny...

Ella lanzó una alegre carcajada.

—El típico borrachín del pueblo —calificó—. No haga caso de lo que él diga o tendrá que lamentarlo.

—¿En qué sentido? —preguntó Markham vivamente.

—Bien, lo mismo que muchos se burlan de Benny, podrían burlarse de usted, si diese crédito a las tonterías que dice.

Markham sonrió cortésmente, a la vez que tocaba con dos dedos la visera de la gorra de cuadros que se había puesto, ya que la tarde empezaba a refrescar.

—Lo tendré en cuenta, señora Farrar —sonrió.

—No olvide que me llamo Lynn —dijo ella.

Pero, mientras pudiera, Markham resistiría la tentación de un devaneo. No había ido allí en busca de aventuras amorosas, sino para reponerse y aunque el cansancio había sido mucho más mental que físico, quería que su descanso lo fuese en todos los sentidos.

En la mano llevaba un fuerte bastón, con contera de metal, ya que había ido a Ballyport dispuesto a darse grandes paseos. El cansancio que pudieran provocar en su cuerpo los paseos era muy distinto, mucho más sano y reconfortante.

Caminando a buen paso, cubrió la distancia que había hasta la

cueva de los cangrejos en menos de media hora. Un par de lomas de cierta altura, rematadas en un acantilado que se adentraba profusamente en el mar, ocultaban la aldea a su vista.

Las lomas descendían por la parte de tierra, formando como una especie de amplia vaguada, por la que pasaba el camino que conducía a aquel sector de la costa. El tiempo continuaba idéntico: cielo cubierto, escaso viento y calma en el mar.

Trepó a la pequeña cornisa y se asomó a la cueva. Era muy profunda y, por lo que calculó, de mayores dimensiones hacia el fondo que a la entrada. El silencio era total; solamente se oía el rumor de las olas, batiendo mansamente contra la base del acantilado.

Avanzó unos pasos. Entonces vio a los cangrejos.

Eran cientos, miles, una enorme bandada de minúsculas fieras, que agitaban sus pinzas furiosamente, produciendo un curioso repiqueteo que tenía mucho de siniestro. Se estremeció al pensar en lo que le podía suceder a un hombre que se quedase dormido o se emborrachase en aquella cueva.

De pronto, sintió una leve picadura en un tobillo. Bajó la cabeza y vio a un pequeño cangrejo agarrado a su pie. Sacudió la pierna con furia y el crustáceo salió disparado contra la pared de la cueva. Pero más cangrejos entraban en aquella oquedad, procedentes del mar. Aterrado, Markham echó a correr. Sus pies aplastaron decenas de aquellas minúsculas fieras, pero consiguió ganar la comisa.

Desde allí, presenció un fascinante espectáculo. Innumerables cangrejos trepaban por la roca, en aquel lugar menos escarpada que en el punto de acceso a la cueva, y se adentraban en ésta, como si fuesen fieles de alguna extraña religión, encaminándose a cumplir con algún extraño rito. La pequeña ladera de aquel sector del acantilado hormigueaba literalmente.

Para un naturalista, podía resultar una visión llena de interés. A Markham, sin embargo, le parecía espeluznante.

Ya no quiso seguir contemplando el espectáculo. Dio media vuelta y se encaminó hacia la aldea. De repente, al llegar a una revuelta del camino, oyó voces ásperas, que se alternaban con otra un tanto cascada y ahora suplicante, cuando antes había sido burlona y escéptica.

La voz suplicante pertenecía a Benny McOckus.

CAPÍTULO IV

—Pero, Frankie, ¿qué te hace suponer...?

Markham oyó claramente el chasquido de una bofetada.

—Creías que no nos acordaríamos de ti, ¿verdad? —dijo uno de los «torpedos»—. Tenemos buena memoria y no han pasado tantos años, aparte de que sabíamos eras muy amigo del jefe... El soplón del jefe, para ser más exactos, ya que él te apreciaba mucho, porque ambos habíais nacido aquí...

«Vaya, entonces, Benny no fue en Norteamérica tan decente como quiere hacer creer a la gente», pensó Markham.

—Y quien ha sido un soplón, lo será siendo siempre —añadió Geo Rowson torvamente.

—Muchachos, os digo la verdad; nadie sabe...

—Será mejor que «hayas dicho» la verdad Benny —habló Nord de nuevo—. Porque si alguien se ha enterado de nuestra personalidad, puedes considerarte difunto.

—Frankie —intervino Rowson de nuevo—, este tipo no es de fiar. Me pregunto si no convendría cortarle la lengua. De esta manera, estaríamos absolutamente seguros que no diría nada.

Markham oyó un ligero chasquido. Alguien había sacado una navaja automática, se dijo.

—Por favor, no, no... —gimió McOckus lleno de terror—. Dejadme en paz, muchachos, seré mudo como una tumba...

—En la tumba estarás si hablas, ¿has oído? —dijo Nord—. Geo, guarda el hierro —indicó.

—No debemos confiar en este tipo —se quejó Rowson.

Nord soltó una risita baja, ominosa.

—Benny callará —afirmó—. Anda Geo, volvamos al pueblo.

Markham permaneció unos minutos más en el mismo sitio. En

modo alguno le convenía que aquella pareja de pistoleros conociesen su presencia en aquel lugar.

Al cabo de un rato, reanudó la marcha. Benny McOckus caminaba hacia Ballyport con paso muy vivo, demasiado rápido para su edad, tanto, que Markham no pudo alcanzarlo, aunque se lo propuso. Pero tampoco lo lamentó demasiado; de sobras presumía que Benny debía de estar sumido en una situación de terror que no le permitiría contestar a una sola de sus preguntas hubiera sido tan interesante conocer los propósitos de aquella pareja de rufianes... Pero, por otra parte, conociendo su antigua relación con Fillmore, era fácil saber los motivos de su estancia en Ballyport.

¿Era realmente cierto que Fillmore había dejado escondida en alguna parte una enorme suma de dinero?

Cuando llegó a la posada, la dueña Lynn Farrar, estaba hablando con un hombre joven y apuesto, de su misma edad, aproximadamente. Markham supuso que sería su esposo, pero se llevó un chasco al serle presentado bajo el nombre de Neil McLaird.

—Es un placer, señor McLaird —saludó.

—Lynn me ha hablado de usted —dijo el hombre—. Ha venido a reponerse, creo.

—Sí, necesitaba descanso y me recomendaron Ballyport... y su posada —añadió Markham galantemente.

—Le envió McGuinn, Neil —dijo la señora Farrar.

—Ah, sí, lo recuerdo. ¿Es amigo suyo, señor Markham?

—Hemos tenido relación de negocios en ocasiones. Soy investigador contable —explicó el forastero.

—Una profesión fascinante. —McLaird se echó a reír—. Lynn, menos mal que tus finanzas y las mías están al día, quiero decir, que no tenemos nada que merezca la atención del fisco.

—Perdón, pero creo que no me he explicado lo suficiente. Mi profesión es privada, no pertenezco al gobierno —dijo Markham.

—Oh, muy interesante. Yo había llegado a pensar en usted como un detective...

—Nada de eso, señor McLaird. Señora...

Markham subió a su habitación. ¿Dónde diablos estaba el esposo de Lynn?, se preguntó. Claro que podía ser viuda o divorciada o... «¡Qué diablos me importa!», pensó, mientras abría el grifo del lavabo en el cuarto de baño. Le preocupaba más la conversación

amenazante de los dos forasteros con McOckus.

Por la noche, mientras cenaba, oyó parte del diálogo que sostenían los dos antiguos *gangsters*. Una frase, muy especialmente, llamó sobremanera su atención: «Esta noche...»; pero, aunque no consiguió captar íntegramente el resto de las palabras, creyó entender que Nord y Rowson planeaban salir a alguna parte después de la cena.

No obstante, y con gran extrañeza por su parte, vio que los sujetos subían a su habitación, con la evidente intención de acostarse. Markham continuó todavía unos minutos en su mesa. En otra, no lejana, Lynn y McLaird charlaban animadamente.

Al cabo de un rato, se retiró a su cuarto, no sin despedirse de la hermosa dueña de la posada. Entró en la habitación, encendió la luz y corrió las cortinas de la ventana.

Había llevado consigo algunos libros para leer y, solamente descalzo se tendió en la cama con una novela en las manos. Una hora más tarde, cuando en la posada reinaba un silencio absoluto, oyó el leve chasquido de la cerradura de una puerta.

Inmediatamente, dejó el libro a un lado y saltó de la cama. Descalzo, se acercó a la puerta y abrió una rendija con infinito cuidado.

Las figuras de los dos antiguos *gangsters*, de espaldas, aparecieron ante sus ojos. Uno de ellos cuchicheó:

—Por la puerta trasera, mejor, tú.

—Sí —convino el otro escuetamente.

Al final del corredor había una escalera de dimensiones más reducidas. Markham volvió junto a la cama y se puso los zapatos y una chaqueta de punto.

Salió de la posada. La luz de un farol lejano le permitió ver, durante un fugaz instante, las siluetas de los dos sujetos.

Parecían encaminarse hacia Green Hill House. Pero pronto rectificó su primera impresión; la casa de Fillmore estaba mucho antes.

Pisando de puntillas, corrió tras las huellas de los dos forasteros. No tardó en situarse en un lugar conveniente, desde el que podía contemplar la solitaria y silenciosa residencia de Fillmore.

Transcurrieron algunos minutos. Markham creyó ver luz en una de las ventanas del primer piso. Tal vez el postigo tenía alguna

grieta que permitía el paso de los rayos luminosos. ¿Era cierto que Fillmore había escondido en alguna parte una inmensa fortuna?

Transcurrieron quince minutos más. De súbito se produjo en el interior de la casa una espantosa explosión.

Fue como el estallido de una gran bomba de aviación. La ventana entera saltó literalmente por los aires. Un cuerpo humano fue proyectado a través del hueco y cayó al jardín con horrible chasquido.

Markham se tambaleó, más por el fragor de la detonación que por la onda explosiva en sí. En el interior de la casa, bruscamente, resonó un horripilante alarido.

Un hombre, envuelto en llamas de pies a cabeza, se lanzó por la ventana al jardín. Era literalmente, una antorcha humana que, de un modo casi milagroso, consiguió mantener el equilibrio al poner el pie en el suelo, después de una caída de casi cinco metros. Markham titubeó un momento, desconcertado y aterrado a un tiempo, porque aquella antorcha humana, de la que brotaban unos gritos desgarradores, corría enloquecidamente, dando vueltas por el jardín, sin atinar a encontrar la salida.

De pronto, el hombre cayó al suelo. Todavía se agitó unos segundos. Luego se quedó quieto, mientras en la atmósfera se expandía un horrible olor a carne quemada. Entonces fue cuando los habitantes de Ballyport se pusieron en movimiento.

* * *

El incendio de la casa había sido dominado. Los cadáveres yacían en el mismo sitio, cubiertos por sendas mantas. Grattan, el agente de policía, estaba completamente desconcertado.

Los comentarios brotaban por todas partes. Markham ya había declarado su versión de los hechos. Paseaba, porque se sentía insomne, a fin de conciliar el sueño, cuando oyó la explosión. No, no había podido hacer nada para auxiliar a las víctimas. Todo había ocurrido demasiado rápidamente y, por otra parte, la misma explosión le había aturdido durante unos momentos, impidiéndole hacer nada. Cuando reaccionó, era ya tarde.

Resultaba una explicación completamente lógica y nadie la puso en duda. Markham no tenía, por el momento, intenciones de

divulgar que su presencia en las inmediaciones del suceso no había sido casual.

Mary Castle llegó poco después. Habló con algunos y luego, al ver a Markham, se le acercó.

—Ha sido horrible —dijo la muchacha.

—Sí, espantoso. Esos dos pobres hombres, uno de ellos despedido por la explosión y el otro abrasado vivo...

—Pero ¿qué es lo que ha provocado la explosión?

Markham se encogió de hombros.

—Grattan está investigando ahora —contestó.

—Dicen que las víctimas son dos forasteros que habían llegado ayer por la mañana... —En efecto, así es.

De repente, se oyó una voz en la puerta de la casa:

—¿Está ahí el señor Markham? Tenga la bondad de acercarse, por favor.

Markham se sorprendió al oír la llamada de Grattan, pero no tardó en acudir al requerimiento. Después de una breve vacilación, Mary se emparejó con él.

Bajo el dintel de la entrada, Grattan aparecía pálido y confundido.

—Señor Markham, usted tiene más experiencia que yo... —dijo.

—Pero no en asuntos policiales —contestó el aludido.

—Sí, ya lo sé. De todos modos, me gustaría conocer su opinión.

—Bien, haré lo que pueda. Creo que es mi deber colaborar con la justicia —sonrió Markham—. ¿De qué se trata?

—Venga, por favor.

—¿Puedo ir yo, señor Grattan? —consultó Mary.

—Sí, desde luego, señorita.

Grattan dio media vuelta y penetró en el zaguán. Las luces funcionaban correctamente.

Markham comentó el detalle. Grattan explicó que la compañía de electricidad no había desconectado la luz, porque había algún dinero en el Banco y seguía cobrando el consumo.

—Aparte de eso, la explosión no afectó más que a la instalación de la estancia donde se produjo la explosión —añadió, mientras subían por la escalera que conducía al primer piso, tras haber atravesado el amplio zaguán.

Había una puerta arrancada de sus goznes y medio destrozada.

Grattan disponía de una potente lámpara portátil, aparte de que ya había hecho un empalme para colocar en la entrada una lámpara de pie que había permanecido hasta entonces en otra habitación. Elio les permitió contemplar sin dificultad los resultados de la fenomenal explosión.

La ventana había desaparecido por completo; incluso el marco había volado por el estallido. Las paredes aparecían desconchadas y ennegrecidas en muchos puntos. Había pocos muebles, pero estaban destrozados.

En una de las paredes, frente a la ventana, había un hueco, en torno al cual se advertían señales que lo señalaban como centro de la explosión. Markham vio en el suelo un cuadrado de metal, muy grueso, de forma harto significativa.

—La puerta de una caja de caudales —dijo.

—Sí —convino Grattan—. Estaba empotrada en la pared, aunque ninguno de nosotros lo sabíamos. Claro que tampoco nadie de la aldea, salvo la señora Tellyn, entraba en la casa.

—Esa mujer es la asistente del difunto Fillmore, ¿no?

—En efecto. He hablado con ella y me ha dicho que había una caja fuerte empotrada en la pared y oculta por un cuadro. Pero al difunto Fillmore no le gustaba que se supiera ese dato y le prohibió hablar de la caja fuerte un día que ella entró inesperadamente y lo vio hurgando en su interior. Sue Tellyn pensó que su amo era un tipo un tanto chiflado, pero como la pagaba bien y ella necesitaba el dinero, obedeció puntualmente sus instrucciones y no comentó con nadie la existencia de esa caja de caudales.

—Una mujer discreta, ciertamente. Agente, ¿ha revisado los papeles que haya podido encontrar...?

—Lo siento, no había papeles de ninguna clase. En todo caso, los que pudieran estar en la caja fuerte, resultaron abrasados.

—Hay una mesa destrozada —indicó Markham.

—No hay en ella ni siquiera una cuartilla en blanco, Señor.

Markham cambió una mirada con Mary.

—Al difunto Fillmore no le gustaba la escritura —dijo irónicamente. De pronto, se acercó al hueco de la caja y estudió su interior, Grattan, cortés, proyectó allí la luz de su lámpara portátil.

Pasados unos minutos, Markham se volvió.

—No estoy en condiciones de afirmar nada, ya que no soy un

experto, pero diría que aquí hubo una trampa explosiva —manifestó.

—¡Una trampa! —repitió Mary, atónita.

—Yo creí que ellos habían intentado volar la puerta de la caja de caudales y que habían calculado mal la cantidad de explosivos —dijo Grattan.

—No, sino todo lo contrario. Incluso pienso que uno de los dos abrió la caja fuerte sin necesidad de conocer la clave; simplemente, haciendo girar la rueda de la combinación y escuchando los chasquidos de los engranajes, lo que le permitió saber el momento exacto en que podía abrir.

—¡Fantástico! —exclamó Grattan—. Como en las películas policíacas.

—Algo por el estilo —sonrió Markham—. La trampa funcionó al abrirse la puerta. El que estaba frente a la caja, supongo que es el que abrió la caja de caudales, voló por los aires, muerto instantáneamente, claro, y cayó al jardín. Su compañero no estaba frente al centro de explosión y no murió en el acto, aunque la llamarada de la deflagración le alcanzó casi de lleno y le incendió las ropas. Aparte de eso, es muy probable que sufriera otras lesiones y...

—De modo que una trampa —murmuró la joven—. Pero ¿cómo no hizo saltar la pared?

Markham dio unos golpecitos en el muro con los nudillos.

—Es de sólida mampostería y, además, la carga explosiva debió de ser montada de manera que toda la fuerza de su onda explosiva se dirigiera hacia el exterior. Por otra parte es preciso tener en cuenta cierta resistencia del resto de la caja, que aparece prácticamente intacta, a excepción de la puerta, claro está.

—Es decir, la explosión se produjo apenas se abrió la puerta.

—Sí, por medio de una espoleta de contacto, supongo. No soy experto, repito, pero sé que no es una trampa difícil de montar.

—Me siento abrumado —confesó Grattan—. ¿Por qué han ocurrido todas estas cosas?

—Por dinero —sonrió Markham.

—Pero aquí no se ven billetes ni monedas... ¿O es que fueron destruidos por la explosión?

—No, habrían quedado muchos billetes en mejor o peor estado,

y las monedas estarían intactas, al menos en su mayoría.
Personalmente, me inclino a pensar que la caja estaba vacía.

—Entonces, esos dos desdichados murieron por nada.

—Exactamente.

CAPÍTULO V

Había salido un tímido rayo de sol, que confería una coloración más animada al paisaje. Markham contemplaba el panorama, sentado en una piedra, a pocos pasos de la iglesia de la colina. Fumaba tranquilamente, viendo el escaso movimiento de la aldea.

Mary llegó, acompañada de su perro. Markham acarició a «Fabius», que le dio unos cuantos empujones afectuosos con la cabeza. En el lindo rostro de la joven se advertían aún las huellas de la impresión sufrida la víspera.

—No he podido dormir —dijo, después de los primeros saludos.

—Resulta lógico. A mí me ha pasado también algo parecido —contestó él.

—Estoy pensando en que los dos muertos vinieron, como vulgarmente se dice, a tiro hecho.

—Sí, pero se equivocaron.

—Eso es verdad. Sin embargo, lo ocurrido da pie a pensar que hay algo de cierto en el tesoro de Fillmore.

—Yo también lo creo así. No se atraviesa el océano Atlántico sin una poderosa razón, por lo menos, hablando de gente de esta calaña. Y el borrachín Benny decía la verdad cuando me contó lo que sabía de esos dos tipos.

—Pistoleros profesionales, creo —se estremeció Mary.

—Sí, en tiempos pertenecieron al *gang* de Fillmore. Parece que éste, cuando vio que las cosas se ponían feas, decidió traicionarles, liquidó los negocios, reunió todo el dinero posible, en billetes como es lógico y se retiró a su aldea natal, donde sin duda, confiaba en vivir pacíficamente.

—Y así sucedió, sólo que murió relativamente pronto.

Markham entornó los ojos.

—La muerte de Fillmore se produjo hará medio año —dijo—. ¿Es seguro que murió de un ataque cardíaco?

—Al menos, eso certificó el médico de Ballyport —contestó Mary—. ¿Por qué lo dice? ¿Es que sospecha que pudo morir asesinado?

—Quizá el médico no investigó lo suficiente, claro es que tampoco tenía motivos para sospechar —dijo Markham—. ¿Se conocía ya el pasado de Fillmore?

—No. Solamente se sabía que había estado en Norteamérica y que había conseguido reunir una pequeña fortuna, lo suficiente para vivir de renta. La noticia de su tesoro, escondido en alguna parte, empezó a divulgarse poco después de su muerte.

—Por mediación de Benny, que lo había conocido en Chicago.

—Sí. Es curioso —dijo Mary de pronto.

—¿Qué es curioso? —sonrió Markham.

—Al poco tiempo de llegar Fillmore, Benny tuvo una época buena, quiero decir que no le faltaba nunca una libra en el bolsillo. Pero después, volvió a las andadas, a la misma vida que lleva ahora.

—Eso significa que Fillmore le hacía callar con dinero.

—Así parece —contestó la muchacha.

Markham se acarició el mentón.

—No se conocía la existencia de ese dinero, hasta después de la muerte de Fillmore y sólo porque lo divulgó Benny, quien debía de conocer más cosas del muerto de lo que quiere dar a entender. Pero supongamos por un momento que Fillmore hubiese muerto asesinado. ¿Sabe lo que eso significa?

—Sí, alguien más conocía el secreto del dinero —dijo Mary.

—Exactamente. Por tanto, lo que interesaría ahora es averiguar quién o quiénes estaban en posesión de ese secreto.

Mary sonrió.

—Le atrae el enigma —dijo.

—Su solución, en todo caso —respondió él—. Tengo que hablar con Benny más a fondo, pero también he de preguntar a Grattan si se ha recibido ya algún informe sobre el hombre que murió en la cueva de los cangrejos. —De pronto se estremeció—. Estuve ayer de nuevo y los vi llegar a la cueva. Es un espectáculo realmente alucinante.

—Algunas veces, he comido sopa de cangrejos y es exquisita,

pero me parece que ya no la probaré más en la vida —dijo Mary.

—Creo que yo tampoco —sonrió Markham—. No soy aprensivo, pero hay cosas que el estómago no resiste y más bien por una sensación psicológica que puramente gustativa.

Se puso en pie y acarició la cabeza del perro.

—Adiós, «Fabiús». Hasta la vista, señorita Castle —dijo.

—Venga a verme y cuénteme lo que le haya dicho Benny —solicitó la muchacha—. Estoy que me muero de curiosidad. —De acuerdo.

* * *

Benny McOckus no estaba a la vista por ninguna parte, pero al que sí encontró Markham fue al agente Grattan, en su minúscula oficina, muy atareado en redactar un informe de lo sucedido. Grattan se sintió muy satisfecho de la visita e invitó a Markham a sentarse y a tomar una taza de té con él.

—Ésos pobres individuos... —dijo Grattan poco después—. Conozco sus nombres y su procedencia. Estoy escribiendo a la embajada de Estados Unidos para que me aconsejen...

—Eso es cosa del cónsul, pero no importa; la embajada pasará su escrito al consulado. Dígame, agente, ¿ha sabido algo más del sujeto a quien se encontró en la cueva de los cangrejos?

—No, no ha sido identificado todavía. La autopsia ha dado como resultado, muerte por fractura del cráneo, lo cual se produjo de un modo instantáneo. El forense opina que se le golpeó con un grueso garrote y no de arriba abajo, sino en sentido horizontal, es decir, trazando un semicírculo, que acabó en la nuca del interfecto. Un solo golpe, pero definitivo.

—Tendrá que buscar usted el arma homicida —dijo Markham.

—Lo intentaré, pero... todavía se encienden chimeneas, y cocinas todos los días —contestó Grattan.

—Es cierto. Ahora bien, ¿no pudo tratarse de una barra de hierro...?

—En tal caso, estaría en el fondo del mar. Sin embargo, el forense encontró restos de madera entre el pelo y la piel machacada por el golpe.

—Ya, no hay duda. ¿Se sabe la hora de la muerte?

—A la media noche, aproximadamente.

Markham hizo un rápido cálculo.

—Nosotros..., es decir, yo encontré el cadáver a las diez y media de la mañana. Por tanto, el asesino tuvo tiempo más que sobrado de llevar allí el cuerpo de su víctima y dejarlo para que se lo comiesen los cangrejos. Ahora bien, eso tuvo que suceder cuando la marea ya había bajado y el hecho de que nosotros encontrásemos el cadáver tan pronto, impidió que la marea alta lo arrastrara mar adentro.

—Una suposición enteramente razonable —aprobó Grattan—. Claro que, a pesar de todo, las mareas no son muy intensas en esta época y quizá el cuerpo habría continuado en la cueva algún tiempo más. Pero cuando sólo quedase el esqueleto limpio, el mar se lo habría llevado con mucha mayor facilidad.

—Cierto —convino Markham—. Ahora, por favor, dígame una cosa... Su opinión acerca de Benny McOckus.

Grattan torció el gesto.

—Un indeseable —contestó—. Lástima que no pueda echarle de la localidad, porque lo cierto es que no ha cometido ningún delito de importancia. Pero su presencia aquí es un sonrojo y una vergüenza para las personas decentes, créame.

—No me cabe la menor duda. Ahora bien, tengo entendido que Benny y Fillmore se conocían bastante.

—Benny presumía de ese conocimiento. La verdad es que Fillmore le despreciaba y apenas le hacía caso.

Una o dos veces fue a su casa y lo echó poco menos que a puntapiés.

—Pero el caso es que Benny fue quien divulgó la existencia de ese supuesto tesoro.

—Sí, a él se debe esa historia que no nos ha traído más que quebraderos de cabeza. Le aseguro, señor Markham, que sólo de pensar en ese detestable sujeto se me alborota el estómago y debo correr en busca del bicarbonato.

Markham sonrió al escuchar aquella gráfica descripción de los sentimientos del policía hacia McOckus. Sólo le quedaba una cosa por averiguar antes de irse.

—Conozco a una señorita encantadora que vive en Green Hill House —manifestó—. ¿Qué me dice usted de Mary Castle?

—Oh, es una muchacha muy apreciada por todos. Hace algún

tiempo llegó con su madre, a quien habían recomendado los médicos un clima marino. Pero la señora Castle murió al poco tiempo y ella se quedó sola en la casa, con su perro... Debe de vivir de alguna pequeña renta que le dejó su madre, supongo.

—Ah, Mary vive sola allá arriba.

—Bueno, una mujer va a diario a ayudarle en las faenas de la casa. Ella escribe o algo por el estilo, aunque no es muy comunicativa a este respecto.

—Ha sido muy amable. Gracias, agente.

—A usted, señor Markham.

El joven salió a la calle y paseó meditabundo, mientras se dirigía a la posada. Él sol se esforzaba por atravesar la capa de nubes, sin gran éxito. La temperatura, sin embargo, parecía más agradable.

De pronto, vio al hombre a quien buscaba.

* * *

Cerca de la salida del pueblo había una taberna, mucho más modesta que la que estaba contigua a la posada. Markham vio a McOckus cerca de la otra taberna y encaminó hacia allí sus pasos.

—Seguro que tiene sed, Benny —dijo, cuando estuvo junto al sujeto—. ¿Qué prefiere; cerveza, *whisky*, ginebra...?

McOckus lanzó una risita.

—Me está haciendo la boca agua, señor Markham —contestó.

—Vamos, entre y pida algo que no sea agua. Yo beberé con usted.

Benny hizo un gesto de asentimiento. La taberna, pese a su modestia, estaba muy limpia. Una rolliza mujer les sirvió en una mesa situada en un rincón.

—Apuesto esta ronda a que quiere hablar conmigo, señor Markham —dijo el individuo, después de su primer trago.

—No apueste, que perdería —sonrió Markham—. Y tiene la lengua intacta, lo que quiere decir que puede hablar sin reparos, sobre todo, ahora que Nord y Rowson están en el otro barrio.

Benny entornó los ojos.

—Usted sabe algo —dijo.

—Esos tipos le amenazaron ayer. Usted dijo que no le reconocerían, pero tenían mejor memoria de lo que creía.

—Sabían que yo vivía aquí, conque preguntaron por mí... ¡Pero me alegro de que se hayan ido al infierno! Usted no sabe la cantidad de tipos que «apiolaron» allá, al otro lado del charco, muchas veces por una tontería.

—Por una tontería, no; por dinero.

Benny se encogió de hombros.

—Lo mismo da —contestó desganadamente.

—En Ballyport no se sabía nada del asunto, hasta que usted lo divulgó —dijo Markham.

—Fillmore había muerto ya. Por tanto, yo no tenía ninguna obligación de guardar el secreto.

—Lo que sucede es que Fillmore le pagaba a usted por callarlo, ¿no es así?

El tipo lanzó una risita.

—Usted es muy listo, un verdadero detective —dijo.

—Sé relacionar unas cosas con otras, después de haber escuchado a las personas —contestó Markham—. ¿Quién mató a Fillmore? —exclamó súbitamente.

—Murió de un ataque al corazón. Lo dijo el médico.

—Eso es una cosa que se puede simular, Benny.

—Tal vez pero, si mataron a Fillmore, yo no sé quién lo hizo.

—Usted le conocía bien. Nord y Rowson le trataron de soplón. Por tanto, perteneció a la banda de Fillmore, aunque usted lo niegue.

—¿Cómo lo sabe? —Respingó Benny.

—¿No ha dicho antes que soy un buen detective? Incluso le amenazaron con cortarle la lengua si hablaba, ¿verdad?

Benny puso cara hosca.

—Me alegro de que estén muertos —insistió—. A fin de cuenta, ¿qué pretendían? La «pasta», claro. Y, además, también eran unos traidores.

—Traidores, ¿a quién?

—Había más gente en la pandilla. Vendrán a Ballyport, seguro. Ellos no eran los únicos ni tampoco los más importantes.

Markham empezó a pensar que, efectivamente, existía en alguna parte una enorme cantidad de dinero. Pero ¿dónde estaba?

—¿Qué me dice de la trampa explosiva? —preguntó.

Benny lanzó una risita perversa.

—Fillmore era un tipo muy astuto. Ya me advirtió a mí de lo que podía suceder si intentaba abrir su caja fuerte. —Benny se frotó las yemas de los dedos de una mano con las de la otra—. Sabía que decía la verdad, de modo que me abstuve de intentar abrir la «lata».

Markham se horrorizó al oír aquellas palabras.

—De modo que usted sabía que había un explosivo... y no les avisó...

McOckus hizo un gesto de desprecio.

—Usted no les conocía —dijo—. Esos tipos merecían morir. Les vi actuar una vez y, créame, jamás he presenciado nada más horrible. Su víctima era un pobre chico, muy amigo mío, al que torturaron de la peor manera que se pueda imaginar. Yo tuve que aguantar y callar, porque, si no, hubieran hecho lo mismo conmigo.

El hombre se calló. Jadeaba y sudaba, terriblemente excitado.

—Ni siquiera los hombres más salvajes de un país sin civilizar habrían hecho una cosa semejante con mi amigo —continuó—. De mí creyeron en un principio que estaba de acuerdo con aquel pobre muchacho, pero luego supieron que yo no sabía nada. Sin embargo, para darme ejemplo, me ataron en un sótano, a una columna de cemento, y me obligaron a contemplar aquel bárbaro suplicio. Duró dos días enteros, créame.

Benny apuró su copa de un solo trago, como si quisiera alejar con el alcohol los malos recuerdos. Llenó la copa de nuevo, bebió otro poco y se echó a reír.

—Lo lamentable es que no haya más trampas explosivas en casa de Fillmore —dijo—. Porque vendrán otros miembros de la pandilla... Sí, yo les indiqué el lugar donde estaba la caja fuerte. ¿Y qué? ¿Pueden probarme algo? Los envié al infierno y no me arrepiento.

Benny hipó. Markham se dio cuenta de que estaba ya al borde de la embriaguez.

—Pero ¿sabe al menos dónde está el dinero? —preguntó.

El borrachín se encogió de hombros.

—Ése es un secreto que el zorro de Fillmore se llevó a la tumba —repuso.

CAPÍTULO VI

Neil McLaird estaba en la puerta de la posada, cuando Markham regresó de la otra taberna. El individuo le recibió con cierta efusión.

—Hombre, ya tenía ganas de verle —dijo—. Vamos adentro y tomaremos un trago juntos, si no me lo desprecia.

—¿Quería decirme algo, señor McLaird? —preguntó Markham, sorprendido.

—Llámeme Neil, amigo, como yo le llamaré a usted Jim. No hay tanta diferencia de edad entre ambos y... Bueno, en estos lugares es preciso olvidar los convencionalismos.

—Sí, claro —convino el joven, a la vez que entraba en la posada. Reeves les sirvió sendas jarras de cerveza.

—Me han dicho que anda usted investigando esos misteriosos crímenes —manifestó McLaird momentos después.

—No está bien dicho. Simplemente, Grattan me ha pedido que le ayude en lo que pueda. Pero él es quien lleva el peso de la investigación. ¿Acaso le interesa a usted lo que yo pueda haber averiguado?

McLaird se echó a reír.

—Hombre, la curiosidad... Lynn también se siente muy curiosa, ¿sabe? Trato de sacarla de su nada agradable estado de viudez.

—Ah, quiere casarse con ella.

—Sí, pero Lynn no se siente inclinada a reincidir, a pesar de que me estima profundamente. En fin, es cuestión de insistir... ¿Qué le pareció la cueva de los cangrejos? Es una de nuestras atracciones locales, amigo Jim.

Markham se extrañó de la locuaz volubilidad del individuo. Había mucho de insincero en la actitud de McLaird.

—Terrorífica —contestó escuetamente.

—Sí, es cierto. No me gustaría estar allí, dormido o borracho, en medio de miles de cangrejos hambrientos... ¿Qué le parece la historia sobre el tesoro de Fillmore?

—Puede ser creíble. Fillmore tuvo una vida muy agitada en Chicago y, tal vez, se trajo mucho dinero de allí.

—Ilegalmente, supongo.

—No haría una transferencia bancaria —sonrió Markham.

—Es una lástima —suspiró McLaird—. Miles de dólares, perdidos por ahí, sin que nadie sepa dónde están...

—¿No tenía herederos, Fillmore?

—No, que yo sepa. Pero sí sé que estuvo casado hace años y que tuvo un hijo, aunque nadie ha sabido dar con su paradero.

—En tal caso, el hijo podría reclamar la fortuna de su padre. El origen del dinero puede ser ilegítimo, pero nadie está en situación de demostrarlo.

—Y menos de reclamarlo. ¿Otra cerveza, Jim?

Markham denegó con la cabeza.

—Ya he bebido bastante, gracias —rechazo la invitación.

—Venga a pescar un día conmigo. Tengo una barquita bastante buena y prepararé canas y anzuelos. También podemos echar una pequeña red. Pasaremos un día estupendo, se lo aseguro.

—Esperaremos a que mejore el tiempo —contestó Markham, a la vez que se ponía en pie.

McLaird, pensó, no era enteramente sincero. Muchas de sus frases podían ser veraces, pero era en el conjunto de lo que había dicho y de su actitud donde había falsedad.

¿Por qué?

Era curioso. ¿Había alguna relación entre el hombre devorado por los cangrejos y la muerte de dos antiguos pistoleros de Chicago?

Benny había dicho que Rowson y Nord eran unos traidores.

—¿A quién? —murmuró.

Subió a su habitación. Abrió la puerta. Al fondo, Lynn Farrar se volvió rápidamente.

—Dispénsame —se excusó la hermosa mujer—. He subido a su habitación para comprobar que estaba bien arreglada. Me disgusta que los huéspedes puedan tener queja de mí.

—En lo que a mí personalmente se refiere, no tengo sino motivos de satisfacción —contestó Markham sonriendo—. Celebro

infinito su preocupación por mi bienestar, señora Farrar.

—Es mi obligación —dijo ella, a la vez que se encaminaba hacia la puerta. Markham observó que parecía un tanto turbada, lo que le dijo que Lynn no esperaba ser sorprendida en el dormitorio.

Al llegar a la puerta, Lynn se detuvo junto a él, casi rozándole con sus protuberantes senos.

—He observado que le falta bebida —dijo, con la mejor de sus sonrisas—. A veces sienta bien un trago... Le enviaré una botella de buen *whisky* escocés, con Reeves.

Obsequio de la casa, por supuesto.

—Es usted la personificación de la amabilidad —contestó el huésped.

Lynn hizo aletear sus espesas pestañas, sin dejar de sonreír provocativamente. En cualquier otra ocasión, Markham, que no era insensible ni mucho menos a los encantos del bello sexo, hubiera intentado la aventura; estimaba que la rendición de Lynn no habría sido empresa de mucho costo. Pero había ido a descansar y no en busca de devaneos.

La dueña de la posada se marchó. Markham cerró la puerta y contempló el dormitorio. ¿A qué había subido realmente Lynn a su cuarto? ¿Había dado una excusa verídica o se trataba solamente de una forma de salir del paso?

Tenía la sensación de que había estado registrando su equipaje. Pero ¿qué iba a encontrar, si jamás había tenido la menor relación ni había oído hablar de Lane Fillmore hasta su llegada a Ballyport?

Reeves llamó a poco y entró con la botella y un par de vasos. Markham le dio una propina y el hombre la agradeció cortésmente.

Al cabo de un rato, Markham se acercó a la ventana. Desde allí se divisaba el pequeño puerto pesquero con toda claridad. La distancia entre la posada y el muelle era de unos cien metros.

En aquel momento, Neil McLaird saltaba a una lancha amarrada en uno de los extremos del muelle. Era un bote de pescadores, con un mástil, pero también con motor, como pudo apreciar a los pocos momentos.

El bote navegó rectamente hasta salir del puerto. Luego su único tripulante le hizo tomar rumbo sur, tras una virada de 90.^º. A los pocos momentos, desapareció de la vista de Markham, oculto por un promontorio rocoso.

«Buena pesca», deseó mentalmente.

* * *

Aquella tarde, llegó a la aldea una joven que dijo llamarse Nancy Rickson. Tenía unos veinticuatro años, era delgada y de formas poco acusadas, aunque tenía un rostro anguloso de bastante personalidad. Entre los objetos de su equipaje había un caballete de pintura y una caja de colores. Nancy manifestó haber oído hablar de los bonitos paisajes de Ballyport y declaró que iba a pintar un par de cuadros para añadirlos al lote que habría de componer una exposición planeada para el otoño.

Mientras tanto Markham había vuelto de nuevo a la iglesia normanda. Sabía que Mary le vería como así sucedió a los pocos momentos. La joven cruzó la vaguada acompañada de su inseparable «Fabius» y saludó afectuosamente al forastero.

—Me extraña que la iglesia esté cerrada —dijo él, después de los primeros saludos.

—En primer lugar, debe saber que ya no se celebran cultos en ella —informó Mary—. Hay una capilla en el pueblo, mucho más moderna, como puede comprender. Pero si quiere ver el interior, iré en busca de la llave; recuerde que la iglesia forma parte de la propiedad.

—Oh, sí, lo había olvidado. Bueno, ya la veré otro día...

—No hay gran cosa adentro —dijo la muchacha—. El mérito reside en la antigüedad, casi exclusivamente. En sus tiempos, fue una construcción exclusivamente funcional, es decir, dedicada solamente a su objeto, que era el culto. Sus constructores no pudieron o no supieron añadir demasiado arte.

—Comprendo. Señorita Castle, tengo que hacerle una consulta.

—Sí, dígame.

—¿Conoce usted por casualidad a la señora Tellyn, la mujer que cuidaba de Fillmore? Me interesaría hablar con ella...

—¡Pero si está en mi casa! La tengo empleada de una manera fija; así no estoy tan sola —contestó la muchacha—. ¿Por qué quiere hablar con ella, si se puede saber?

—La interrogaré en su presencia —sonrió Markham—. Fue asistente de Fillmore, recuerde.

—En tal caso, ¿por qué no lo hace ahora mismo?

—Me disgustaría molestarla...

—Venga, no se preocupe. Además, tomará una taza de té conmigo. ¡Vamos, «Fabius»!

El lobo lanzó un alegre ladrido. Mientras caminaban, Mary explicó:

—Al morir Fillmore, Sue Tellyn se quedó sin empleo. Mi asistente se marchó, de modo que le propuse a Sue quedarse conmigo y aceptó encantada. Es una mujer excelente y yo me siento muy a gusto con ella.

—No me cabe la menor duda. Señorita Castle, dígame, por favor, ¿conoce usted a Neil McLaird?

Mary hizo un gesto de desagrado.

—Es un tipo presuntuoso y pagado de sí mismo —contestó.

—Una especie de Narciso, vamos —sonrió él.

—Sí, enamorado de sí mismo y de los éxitos que, según propias manifestaciones, tiene constantemente con las mujeres. Confieso francamente que a mí me desagrada bastante.

—¿A qué se dedica?

—Ahora posee un par de barcas de pesca, pero, claro, las tiene arrendadas o en sociedad con sus patrones. Desde luego, aparte del aseo personal, el trabajo más duro que hace es el de llevarse la cuchara a la boca.

Markham se echó a reír al escuchar tan gráfica descripción de un hombre vago.

—Parece muy amigo de la señora Farrar —comentó.

—Sí, se les ve juntos con cierta frecuencia. Yo diría que ella trata de pescarle, pero, al menos en este aspecto, es preciso reconocer que Neil resulta bastante escurridizo.

—En tal caso, habremos de lamentarlo por la señora Farrar.

Mary hizo un gesto de indiferencia.

—Tal vez si viviera en una población mayor, Lynn no le haría el menor caso —dijo—. Pero, objetivamente, es de los pocos hombres atractivos de Ballyport. Al menos, en el aspecto físico. Otros aspectos de su personalidad, ya se lo he dicho, son menos agradables.

Markham convino consigo mismo que la muchacha era sumamente observadora. Pero como ya estaban llegando a la casa,

decidió concentrarse en las preguntas que debía formular a Sue Tellyn.

* * *

—Estuve tres años con el difunto señor Fillmore, pero nunca observé en él nada extraño ni que indicase una gran fortuna —declaró la señora Tellyn—. Ciertamente, no le faltaba dinero y nunca tuvieron que reclamarle un solo penique por las compras que yo hacía para la casa. Pero jamás hizo ostentación de riquezas.

—He oído decir que se sentía muy aprensivo con respecto a las comidas y a las bebidas —manifestó Markham.

—Eso es cierto. Nunca bebía ya de una botella que hubiese empezado, fuese de lo que fuese, licor o agua mineral. Una vez había terminado de beber, tiraba el resto. Pero, en lo que se refiere a licor, bebía en muy contadas ocasiones.

—Fillmore tenía que beber otras cosas que fuesen agua mineral o licores. Y, además, tenía también que comer. ¿Cómo solucionaba estos problemas, señora Tellyn?

—Yo le dejaba solo después de mediodía, por lo que él mismo se preparaba el té de la tarde y su cena. Ahora bien, desayunábamos y almorzábamos juntos... es decir, yo primero y él a continuación.

Markham se volvió hacia la muchacha.

—En la antigüedad, muchos personajes de importancia, reyes, príncipes, nobles, tenían su catavenenos —dijo.

Mary asintió.

—Sí, el rumor que se corría por la aldea era que se trataba de un hombre muy aprensivo.

—Temía ser envenenado.

—Exactamente.

Markham se encaró de nuevo con la mujer.

—¿Quién encontró el cuerpo del señor Fillmore? —preguntó.

—Yo, señor. Cuando fui aquella mañana, como todos los días, me extrañó que tardase tanto en contestar a mis llamadas. Muchas veces lo sorprendía en la cama, pero él había instalado un mecanismo eléctrico, para abrir la puerta sin necesidad de levantarse.

—Y aquel día, no se levantó.

Sue Tellyn hizo un gesto negativo.

—No, señor, pero yo entré por la puerta trasera —contestó.

—¿Acaso no estaba cerrada con llave también? —se sorprendió Markham.

—Solía estarlo, pero aquella mañana me bastó levantar el picaporte.

—Le extrañaría, sin duda.

—No, señor. A veces, el señor Fillmore salía a pasear muy temprano por el jardín e incluso alargaba sus paseos. Entonces, una u otra puerta estaban siempre cerrada; solamente con el picaporte.

—Ya comprendo. Usted creyó que se había ido a pasear...

—Entré, fui a la cocina y preparé el almuerzo. El señor Fillmore solía ser bastante puntual. Cuando dieron las nueve y vi que no aparecía, miré por el jardín. Pensé que habría vuelto y estaría en su habitación, por lo que subí al primer piso y lo encontré en la cama. Cuando fui a despertarlo, me di cuenta de que estaba frío. Créame, fue un susto terrible...

—La creo, señora Tellyn —sonrió Markham—. Inmediatamente, claro está, avisaría al señor Grattan...

—No, no, al médico. ¿Por qué iba a avisar al policía? ¿Acaso se trataba de un crimen?

—Quizá, visto a distancia, haya sido un crimen —dijo Markham.

—¿Lo cree así? —preguntó Mary—. El médico dijo que se trataba de un ataque cardíaco.

—Señora Tellyn, ¿estaba su amo enfermo del corazón? —inquirió Markham.

—Nunca hizo llamar a un médico, ni siquiera para un simple resfriado —contestó la sirvienta.

—¿Vio si la habitación estaba revuelta, desordenada o con señales de haber sido registrada?

—A mí me pareció que todo estaba en orden, señor.

Markham suspiró.

—Han pasado ya seis meses —dijo.

—Y no es posible encontrar rastros de un crimen, si lo hubo —supuso Mary.

—Justamente. Claro está que Fillmore pudo morir envenenado, a pesar de todas las precauciones que tomaba, pero de no haber indicios muy acusados de un crimen, no se puede solicitar una

orden judicial de exhumación de sus restos.

—Lo que significa que el crimen puede quedar impune.

Markham asintió.

—Hay una cosa extraña —dijo—. Fillmore dormía con las dos puertas cerradas, pero cuando la señora Tellyn llegó, había una abierta.

—Ésa estaba cerrada con llave desde adentro y no se abría desde el dormitorio, como la puerta principal —declaró Sue.

—Sería interesante conocer la hora en que murió Fillmore...

—El médico dijo que la muerte se había producido en pleno sueño, es decir, después de la media noche. Con perdón, el señor Fillmore estaba ya tieso cuando yo lo encontré.

—Entonces, nadie sospechó nada. Pero la puerta trasera es todo un indicio criminal...

—A menos que, por una vez, se olvidase de cerrar con llave —sugirió la muchacha.

—Pudo ocurrir, pero ¿no le parece extraño que ese olvido sucediese «precisamente» el día de su muerte?

Mary se quedó muy pensativa.

—¿Por qué no habla con Benny? —dijo de pronto—. Ese borrachín sabe más cosas de las que da a entender. Constantemente está metiendo las narices en todas partes...

Markham consultó la hora.

—Mañana, ya es tarde —respondió.

CAPÍTULO VII

La mañana del día siguiente transcurrió sin que Markham pudiera encontrar a McOckus. Hacia el mediodía, llegó un enorme coche, ocupado por cuatro sujetos, elegantemente vestidos, los cuales tomaron alojamiento en la posada. Markham apenas si se fijó en ellos, preocupado por Benny.

Pasadas las doce, preguntó a Reeves si había visto al borrachín. Reeves contestó que no tenía la menor noticia del mencionado.

—Vaya a verle a su casa —indicó—. Está al final de la calle, la encontrará sin dificultades. Es una vieja choza en la que sólo puede vivir un tipo de la clase de Benny.

—Iré a verle, muchas gracias.

Markham salió de la posada. Entonces se encontró con Mary y «Fabius».

—¿Qué ha dicho Benny? —La muchacha sonrió—. También yo empiezo a sentirme intrigada por este misterio —agregó.

—Benny no ha dicho nada, por la sencilla razón de que aún no le he visto. Pero ahora precisamente me dirigía a su casa.

—Le acompañaré, si no tiene inconveniente.

—Ninguno.

Markham y la joven echaron a andar. A los pocos minutos, alcanzaron una construcción de piedra, con tejado de turba, cuya desvencijada puerta de madera aparecía cerrada.

Markham llamó un par de veces, sin obtener la menor respuesta.

Markham frunció el ceño. De pronto, resuelto, empujó la puerta.

Mary arrugó la nariz. El olor que salía de la casucha no tenía nada de agradable.

Los ojos de Markham exploraron rápidamente el interior de la mísera vivienda, en la que había una sola pieza que servía de

cocina, comedor y dormitorio. Benny McOckus yacía sobre su cama, dormido al parecer.

En el suelo había una botella vacía. Otra, a medio consumir, se veía sobre una silla.

Mary sintió repugnancia al contemplar aquel deprimente espectáculo.

—¡Benny! —llamó Markham.

Pero el sujeto no contestó. Markham se acercó a la cama y puso dos dedos sobre su mejilla.

—Mary, avise al médico —dijo.

Ella lanzó una exclamación de horror.

—¿Está...?

—Sí. Ha muerto.

—Iré a buscar al doctor Walley —dijo ella, a la vez que corría hacia la puerta.

Markham se quedó solo. Tras unos segundos de vacilación, empezó a registrar la cabaña. Tenía la sensación de que Benny sabía mucho más de lo que había dicho hasta el momento.

Pero ¿qué era lo que sabía?

En el cajón de una mesa encontró un trozo de papel roto. Había algunas palabras escritas con una letra horrible, apenas legible. Markham lo guardó para examinarlo mejor en otra ocasión.

Luego se acercó al camastro. ¿De qué había muerto Benny? ¿Un paro cardíaco provocado por un exceso de alcohol?

Markham frunció el ceño. A Benny le gustaba el licor, pero tenía la sensación de que no era hombre que se ahogase en *whisky*. ¿Una botella y media en sólo una noche?

Benny solía beber, en cierto modo, con medida. Sí, le llamaban borrachín, pero nunca se le había visto tirado en la calle. Ni siquiera el día en que conversaron en la otra taberna. Tomaba varias copas al cabo del día, tal vez demasiadas... pero no era de la clase de hombres capaces de vaciar una botella en unos cuantos tragos.

De repente, se acercó a la cama y empezó a examinar el cuerpo de Benny. Dominando sus aprensiones, pasó una mano por detrás del cráneo. No, no había recibido ningún golpe, como el desconocido hallado en la cueva de los cangrejos. Pero, al moverlo, vio un puntito de color oscuro en la sábana nada limpia.

Parecía sangre seca, se dijo. Benny no protestó cuando volvió boca abajo. Entonces, en la espalda, hacia el centro, divisó un diminuto agujero, como el que habría producido un alfilerazo.

Tras unos segundos de reflexión, Benny quedó de nuevo en la misma postura. No pasaron muchos minutos más, sin que llegaran Mary y el doctor Walley.

—Bueno —resopló el galeno—, al fin ha «cascado» ese viejo borracho. Demasiado alcohol para un corazón gastado...

—Doctor, tengo la sensación de que no ha sido el *whisky* lo que ha parado el corazón de Benny —dijo Markham, muy serio.

El médico le miró con aire incrédulo.

—Conozco mi oficio —gruñó.

—Bien, en tal caso, examine a fondo ese cadáver. Incluso más: hágale la autopsia. Puede que encuentre señales de lesiones en el corazón, lesiones causadas por un instrumento punzante... un agujón para el pelo, por ejemplo.

Mary lanzó una exclamación de horror. Tras unos segundos de duda, Walley volvió a inclinarse sobre la cama.

—No veo nada en el pecho...

—Está en la espalda —indicó Markham—. Le ayudaré a darle la vuelta.

Momentos después, Walley sacaba de su maletín una lupa. Al cabo de un minuto se enderezó y miró sucesivamente a la pareja.

—Creo que tiene razón, señor Markham —dijo—. Este hombre ha muerto asesinado.

* * *

—Pero ¿quién lo ha asesinado?

La pregunta procedía de Lynn Farrar. Markham y Mary se habían separado hacía rato. El joven había vuelto a la posada, dispuesto a examinar en la soledad de su habitación el trozo de papel hallado en casa de Benny, cuya existencia no había divulgado hasta el momento.

—Señora Farrar, hablando en términos vulgares, Benny sabía demasiado —contestó Markham—. No olvide que, en tiempos y pese a lo que pudiera decir, formó parte de la banda de Fillmore.

—Entonces, es cierto que el dinero está en alguna parte.

Así parece, señora.

Lynn hizo un movimiento con la cabeza.

—Es fantástico —murmuró—. Yo siempre pensé que se trataba de una fábula, de un cuento ideado por ese pobre borrachín...

—Al parecer, no es así; pero, como puede comprender, nadie sabe dónde está ese dinero.

—Y Benny lo sabía.

—Tal vez.

—En ese caso, ¿por qué no se lo llevó y se marchó de Ballyport?

—Acaso no le dieron tiempo, señora Farrar.

—La aldea está conmocionada —dijo ella—. Tantas muertes, en tan corto espacio de tiempo... Ahora se dudará, incluso, de que Fillmore muriese de un ataque al corazón.

—Probablemente, murió de la misma manera que Benny, señora.

—Es decir, le clavaron un agujón...

—Así debió de ocurrir, aunque, como puede comprender, no hay pruebas.

—En la cama de Fillmore no se encontraron manchas de sangre.

—Se dio por sentado, con demasiada precipitación, que había muerto de un ataque cardíaco. No me gusta criticar a nadie, pero el doctor Walley actúa con excesiva rutina. Vio a Benny, dijo que había muerto de un ataque al corazón y se hubiera ido tan tranquilo, de no haberle llamado yo la atención.

—El médico es un tanto rutinario, en efecto, pero no se lo reproche. Hasta ahora, no habían pasado estas cosas en Ballyport —sonrió Lynn.

—Eso es algo que ya no tiene importancia —contestó él—. Con su permiso, señora Farrar...

Markham subió a su habitación. En el pasillo se encontró con Nancy Rickson, a quien saludó con una inclinación de cabeza. Ella contestó con un breve gesto de cortesía y prosiguió su camino.

Apenas estuvo en el dormitorio, Markham sacó el papel hallado en casa de Benny. Pero no tuvo tiempo de examinarlo. Alguien llamó a la puerta.

Guardó el papel y abrió. Un hombre alto, fornido, elegantemente vestido, aunque con colores un tanto chillones en su ropa, apareció en el umbral.

Detrás de él había dos sujetos de aspecto severo y rostro pétreo.

Markham reconoció a los forasteros llegados aquella mañana.

—¿Señor Markham? —dijo el individuo.

—Sí. ¿En qué puedo servirle?

—Soy Nate Duchin. Tengo un vivo interés en hablar con usted, es decir, si no le importa...

Markham se echó a un lado.

—En absoluto, señor Duchin —contestó.

El forastero cruzó la puerta. Desde el interior de la estancia se volvió a los otros dos.

—Aguardad ahí —indicó.

Los otros asintieron en silencio. Markham cerró y se acercó a la consola donde tenía la botella.

—Gracias, no quiero beber —dijo Duchin.

Me serviré un trago —sonrió Markham—. Empiece a hablar, por favor.

—He oído decir que es usted investigador privado. Deseo conocer todo lo que haya podido averiguar sobre lo ocurrido en Ballyport en los últimos tiempos.

Markham se volvió hacia su visitante.

—¿Qué interés tiene usted en estos sucesos, señor Duchin? —preguntó.

—Lane Fillmore y yo fuimos amigos en tiempos.

—Y ahora lamenta su muerte.

—¡Infinitamente!

—Lo siento.

—¿Qué quiere decir, señor Markham?

—Exactamente lo que he dicho; lo siento.

—Pero...

—Si usted era amigo de Fillmore y éste ha muerto, ¿no le parece lógico que le exprese mi sentimiento?

Duchin apretó los labios.

—Se burla de mí —dijo.

—No, hablo absolutamente en serio. Señor Duchin, por su acento presumo que no es inglés. ¿Viene, tal vez, de Chicago?

—No creo que eso le importe mucho...

Markham sonrió.

—Entonces, le importa a usted, puesto que quiere negar la evidencia.

—Está bien, dejémonos de rodeos —gruñó Duchin, impaciente—. Sí, procedo de Chicago...

—Y, en tiempos, fue un miembro más del *gane*, de Fillmore.

—Ah, lo sabía.

—Claro, ¿no ha dicho usted que soy investigador? Y, ¿qué hace un investigador, sino investigar lo investigable?

—Oiga, no se burle de mí. Yo tengo muy malas pulgas...

—Señor Duchin, sus relaciones con Fillmore no me interesan en absoluto. El dinero que Fillmore pudo dejar aquí, tampoco me interesa. Nadie es perfecto en este mundo, desde luego, pero puedo asegurarle que no tocaría ese dinero aunque me estuviese muriendo de hambre. Y, por último, no sé dónde está ni me importa. ¿He hablado claro?

En contra de lo que esperaba Markham, Duchin sonrió ligeramente.

—Clarísimo —contestó—. Pero no alardee de honradez. He conocido a muchos hombres que también presumían de honestos y luego cayeron con toda facilidad, apenas se les enseñó un buen fajo de billetes.

—Tal vez, uno no es inmune a las tentaciones. Sin embargo, creo que sabría resistirla.

Y, a propósito, ¿conocía usted a dos tipos llamados Rowson y Nord?

La cara de Duchin se contrajo.

—Han muerto —dijo.

—Sí, les alcanzó de lleno la explosión de un buen petardo —confirmó Markham.

—Se lo tenían bien merecido.

Markham arqueó las cejas.

—Ah, no lamenta que muriesen —dijo.

No —contestó Duchin fríamente—. Tenían órdenes y las desobedecieron.

Me parece que comprendo.

—¿De veras? —se burló el otro.

—Sospecho que Rowson y Nord eran como exploradores, pero quisieron hacer la guerra por su cuenta... y cargar con el botín para ellos solos.

—¡Qué perspicacia! —se admiró Duchin.

—La cosa les salió mal, pero no se queje, porque gracias a ellos estará usted vivo.

—No me diga...

—Nord y Rowson obraron con codicia, buscando el dinero para ellos solos. Imagínese que le aguardan, con los informes obtenidos en su misión de explorador. Usted va a la casa de Fillmore y está presente cuando alguien abre la caja. ¿Qué le pasaría?

Duchin frunció el ceño.

—Bien mirado, no le falta razón a usted —convino—. Pero el dinero sigue sin aparecer.

Markham se encogió de hombros.

—Búsquelo —respondió.

—A eso he venido.

Duchin dio media vuelta y se acercó a la puerta.

—Han muerto otros y, al parecer, por el mismo motivo. ¿Quién es el asesino? —preguntó.

—No tengo la menor idea, pero puede salir de aquí completamente tranquilo: no he sido yo —contestó Markham.

Duchin sonrió.

—Sí, dormiré muy tranquilo. Gracias por todo, amigo —se despidió.

CAPÍTULO VIII

—Duchin y sus secuaces pertenecieron, sin duda, a la banda de Fillmore. Tal vez les costó mucho localizarle, pero al fin lo consiguieron. Sin embargo, llegaron demasiado tarde —dijo Markham al día siguiente.

El tiempo parecía haber mejorado. Desde la colina donde estaba la vieja iglesia se divisaba una vista espléndida. «Fabius», tendido sobre la hierba, dormitaba apaciblemente.

—Entonces, es de suponer que Fillmore murió también asesinado, como el pobre Benny —dijo la muchacha.

—No sé qué hará Grattan. Yo creo que convendría exhumar el cadáver de Fillmore, para ver si se encuentran rastros del pinchazo que le causó la muerte. En cuanto a Benny, no hay ya la menor duda; le clavaron una aguja muy fina y muy larga.

—Lo cual resultó tan efectivo como un puñal, pero con la ventaja de que no dejó rastros.

—En el caso de Fillmore, por ahora, no se sabe que quedaran rastros de la herida. Sin embargo, había una gotita minúscula de sangre en la cama de Benny, que fue lo que llamó mi atención.

—Pero tuvo que volverle el cuerpo. ¿Qué le hizo concebir sospechas?

—El licor, Mary.

—Se había emborrachado...

—Había una botella vacía y otra mediada. Benny no era hombre capaz de beber tanto en una sola sesión. Le gustaba más una copa o dos ahora, luego otra copa... Usted me entiende, ¿no es cierto?

—Sí —contestó la muchacha—. Pero eso significa que alguien dejó allí las botellas para que se creyera en la muerte de Benny a causa de un paro cardíaco motivado por el abuso del licor.

—Justamente. Ahora bien —sonrió Markham—, por mi profesión soy un poco psicólogo y siempre procuro conocer a las personas con las cuales he de tratar. Claro que esto no significa que no cometa errores a veces.

—Pero acertó, en el caso de Benny.

—El médico ha confirmado mis impresiones.

—¿Qué me dice del papel que encontró?

Markham lo sacó del bolsillo.

—Es una lista de nombres, encabezada por uno que me resulta desconocido: Rod Crane. A la derecha hay dos iniciales: C. C., pero no sé lo que significan.

—¿Y los nombres restantes?

—El siguiente a Crane es Nate Duchin. Hay varios más, entre los cuales figuran los de dos que ya han muerto: Rowson y Nord. Los restantes supongo, deben de ser los que corresponden a los tipos que componen el séquito de Duchin.

—Es decir, la banda en pleno.

—Por lo menos, el estado mayor —sonrió él.

—Así pues, no sabe quién es Crane.

Nunca he oído ese nombre.

De repente, «Fabius» levantó la cabeza al mismo tiempo que emitía un leve gruñido. Markham miró hacia el camino y vio a una joven cargada con unos objetos que salía del camino en aquel momento y ascendía por la ladera, hacia la iglesia.

—Es la pintora —murmuró.

Nancy Rickson sonrió al montar el caballete a unos pasos de distancia. Markham y la muchacha correspondieron a su saludo.

«Fabius» se acercó trotando a la pintora, olisqueó un poco sus piernas y luego, mansamente, regresó junto a su ama.

—Es un perro muy bonito —dijo Nancy.

—Sí. ¿Le gusta el paisaje? —preguntó Mary.

—Creo que podré conseguir un buen cuadro. La iglesia está cerrada, me han dicho.

—Yo guardo la llave. ¿Quiere verla, señorita?

—Otro rato, muchas gracias.

Nancy no dijo más. Era evidente que no tenía demasiados deseos de charlar con desconocidos.

—Bien, me vuelvo a casa —dijo Mary a los pocos momentos.

Markham encendió un cigarrillo. De pronto, Nancy exclamó:

—Usted es el investigador.

—¿Quién le ha dicho...?

—Oh, Reeves es bastante locuaz. Asegura que usted descubrirá el misterio de los crímenes que se han cometido en la aldea, señor Markham.

—También le ha dicho mi nombre.

—Usted conoce el mío, seguro.

—Claro, para eso soy un investigador. Pero lo hago a título de aficionado.

—Le intrigan esas muertes, ¿eh?

—Un poco. Encontré el primer cadáver... ¿Le ha contado también Reeves lo que pasó?

—Sí —contestó Nancy, sin dejar de mover el carboncillo con el que trazaba el esbozo de su cuadro—. Debió de ser horrible —añadió.

—No se puede imaginar, señorita. Lo malo es que nadie conoce al muerto, ni había sido visto en la aldea.

—Un enigma insoluble, ¿eh?

—Por ahora, sí. Está bien, no quiero seguir molestándola.

—No es molestia, señor Markham. La verdad, yo también siento curiosidad por lo que sucede. ¿Por qué no me cuenta lo que sabe? ¿O debo enfrentarme con el secreto profesional?

Markham rió moderadamente.

—No soy un investigador oficial y si hago algo es más por distraerme que por otra cosa. A decir verdad, vine aquí de vacaciones, pero al día siguiente de mi llegada ya encontré el primer cadáver.

—Una lotería macabra —comentó Nancy.

—Así podría llamarse, en efecto. Y todo por una supuesta fortuna, escondida Dios sabe dónde...

Markham regresó a la posada, con la vaga sensación de haber dicho muchas cosas, sin que Nancy, en cambio, hubiese dado grandes detalles de sí misma. «Me ha estado sonsacando», gruñó.

Al entrar en la posada vio a Reeves.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Thad? —solicitó.

—Las que quiera —accedió el individuo cortésmente.

—Se trata de Benny...

—Pobre diablo. Tenía que acabar así.

—¿Usted cree?

—Hablabas demasiado. Era muy parlanchín. En esta clase de asuntos, lo mejor es tener la boca cerrada.

Markham arqueó las cejas.

—¿Qué le hace pensar en una cosa semejante? —preguntó.

—Hombre, ¿no le parece bastante con lo que ha ocurrido? Benny era un bocazas.

Alguien se hartó y... Bueno, lo envió al otro barrio.

—¿Sabe si solía llevarse botellas a su casa?

Reeves lanzó una risita sarcástica.

—Lo que me extraña es que no hayan encontrado un par de barriles en lugar de dos botellas —contestó.

—Sí, eso mismo pienso yo, Thad. Muchas gracias.

—De nada, señor Markham.

Reeves volvió a su trabajo. Desde el mostrador, Markham divisó a dos de los forasteros, sentados ante una mesa, jugando a los naipes. Faltaban Duchin y otro sujeto.

Subió a su habitación. Lynn Farrar estaba sentada en la cama.

—Entre —invitó la hermosa dueña de la posada.

Markham la miró de reojo, Lynn vestía una bata corta, con muy poca ropa debajo, calculó. El tejido de la bata, negro, era muy fino, casi transparente.

—He venido a tomar una copa con usted —dijo ella.

—Cuánto se lo agradezco —contestó Markham.

—No se burle de mí. —Lynn se levantó, pasándose las manos por las caderas, a la vez que respiraba profundamente—. Yo le aprecio mucho, Jim, si me permite llamarle así.

—Claro, ¿por qué no? Espere, voy a llenar las copas...

—Déjelo. Jim, quiero que me diga una cosa.

—¿Sí?

El índice de la mujer, rematado por una uña de color escarlata, empezó a pasearse por la pechera de la camisa masculina.

—Usted está investigando la muerte de Fillmore —dijo ella, insinuante.

—Trato de entretenerme un poco —sonrió Markham.

—Si tuviera éxito, encontraría el dinero.

—Ah, pero ¿también usted cree en esa fábula?

Lynn alzó hacia él sus ojos y le miró de un modo singular.

—No cuesta nada creer —dijo—. Y si aparece el dinero, mejor para todos, ¿verdad?

—No tengo el menor interés en ese dinero, Lynn —dijo Markham.

—¿De veras? Son más de seiscientos mil dólares...

El joven silbó.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

Ella soltó una risita.

—El pobre Benny me lo dijo. Algunos no creían en él. Yo, sí —contestó.

—¿Creía en Benny?

—Los niños y los locos dicen siempre la verdad. Y, ¿qué era Benny sino un loco... por el alcohol?

—Ya comprendo. Pero, puesto que Benny sabía tanto, ¿cómo no le dijo el lugar donde estaba escondido el dinero?

—Fue lo único que no consiguió averiguar, Jim.

—Lamentable.

—Pero usted lo encontrará.

—Las autoridades se harán cargo de ese dinero, en tal caso. Además, he oído decir que Fillmore se casó y tuvo un hijo.

—Nadie sabe dónde está ese hijo, Jim.

Ella se le acercó más todavía, con gesto deliberadamente provocativo. Pero Markham retrocedió un paso. Lynn notó claramente el desvío de su interlocutor.

—¿Qué le pasa? ¿No le gusto? —preguntó.

—Sí pero...

—¿Está casado?

—Soy soltero.

Lynn sonrió y dio otro paso hacia adelante. Markham retrocedió.

—Está bien, no le molestaré más —dijo ella, decepcionada—. Es usted un hombre de hielo.

—No quiero fundirme tan pronto —contestó Markham.

Lynn se encogió de hombros y caminó hacia la puerta.

—Seiscientos mil dólares —suspiró aparatosamente.

Abrió y salió al pasillo. En el mismo momento, se oyó una gruesa interjección, seguida de un par de fuertes golpes.

—¡Roy, condenado! —Sonó la voz de Duchin—. ¿Por qué

diablos no abres?

Lynn salió al corredor, Markham, lleno de curiosidad, la siguió en el acto.

—¿Sucedec algo, señor Duchin? —preguntó ella.

—Dije a mi chófer que estuviera listo para esta hora y se ha quedado dormido o tal vez se ha emborrachado —contestó el interpelado con evidente mal humor.

—¿Dormido? ¿A las cuatro de la tarde? —se extrañó Markham.

Duchin farfulló algo entre dientes y aporreó la puerta nuevamente. Luego hizo fuerza en el pomo, pero no consiguió nada.

—¡Espere, no vaya a romper la cerradura! —dijo Lynn.

—Le pagaré los desperfectos...

—¿Por qué, si tengo una llave maestra?

—Yo iré a buscarla —se ofreció Markham.

—Pídasela a Reeves —indicó ella.

Momentos después, Markham estaba de vuelta. Lynn insertó la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Roy Little, el chófer, descansaba en su cama, pero en una postura muy extraña; completamente estirado y los brazos cruzados sobre el pecho. A Markham le dio muy mala espina el aspecto del individuo.

Duchin lanzó una gruesa interjección. Markham, más práctico, se acercó a la cama y tomó una de las manos de Little.

—Está muerto —dijo a los pocos segundos.

—Pero... si tenía una salud de hierro... —barbotó Duchin.

Markham se sintió acometido de una súbita inspiración. Dio la vuelta al cadáver, que aparecía completamente vestido, y subió sus ropas hasta los hombros.

En el centro de la espalda encontró un agujerito muy pequeño, del que había brotado una gotita de sangre, ya seca. Duchin lo vio y palideció terriblemente.

—Pero ¿quién diablos...?

Markham colocó el cadáver en su posición normal.

—Señora Farrar, será preciso llamar al doctor Walley —dijo.

—¡Un asesinato en mi casa! —Se espantó la hermosa dueña de la posada.

—Es preciso afrontar la situación con mucho ánimo —dijo Markham—. Ande, vaya y envíe a Reeves a casa del doctor.

Lynn abandonó la estancia. Con mano más temblorosa de lo que hubiera querido, Duchin sacó una costosa pitillera y ofreció al joven.

Markham aceptó el cigarrillo. De cuando en cuando, Duchin lanzaba una aprensiva ojeada al cadáver de su subordinado.

—Me gustaría hacerle una propuesta, señor Markham —dijo Duchin de pronto.

El joven guardó silencio. Duchin inhaló una nerviosa bocanada de humo y añadió:

—Encuentre al asesino. Le pagaré bien...

—Si hago algo para encontrar al asesino, no será por usted ni por el dinero que me ofrece y que rechazo de antemano. Pero si ustedes vinieron aquí con ánimo de desquitarse de Fillmore, no le extrañe que también les suceda lo mismo.

—¿Quién le ha dicho...?

Markham sonrió.

—¿Cuánto les estafó Fillmore, para decirlo con la palabra exacta? —preguntó.

—Todo —contestó el otro roncamente.

—Eso no es lo que yo le he preguntado, Duchin.

Se oyó una sorda interjección.

—Seiscientos dieciocho mil —contestó Duchin de mal talante—. Arrambló con todo; literalmente, barrió la caja de caudales, llevándose hasta el polvo.

—En billetes de Banco, naturalmente.

—Sí.

—Una cantidad tan grande no se suele guardar en una caja fuerte —comentó Markham—. Al menos, en —el «negocio» que tenían ustedes montado.

—Muchas cosas de las que se dicen de nosotros son inciertas —contestó Duchin—. Teníamos un negocio legal, aunque no niego que también hacíamos otras cosas menos... decentes. Pero ya habíamos decidido disolver la sociedad y acordamos reunir todo el capital en efectivo, para proceder a su reparto.

—Y entonces fue cuando Fillmore les traicionó.

—Sí. Fue una cochinada...

—Pero ¿cómo diablos han tardado tantos años en localizar su residencia? El hecho de que esté muerto, no invalida su torpeza en

este aspecto —acusó Markham.

—Fillmore contrató a un actor, amigo suyo, para que tomase su puesto, debidamente caracterizado, en un avión que volaba a Sudamérica. Le pagó bien y todos creíamos que se había fugado al Brasil... Hemos estado buscándole todos estos años, hasta que alguien recordó que era de Ballyport y que podía estar aquí.

Markham asintió.

—Y aquí está, pero bajo seis palmos de tierra —confirmó.

CAPÍTULO IX

—¿Otro asesinato por el procedimiento del agujón? —dijo Mary—. Pero ¿quién tiene interés en eliminar a la gente?

Markham frunció el ceño.

—En el caso de Little, yo diría que se trata más bien de una advertencia, Mary —contestó.

—¿Sí?

—Duchin y los otros pertenecían a la banda de Fillmore. Duchin ha manifestado que eran socios y que Fillmore «limpió» la caja, cuando ya la tenían repleta con el dinero de la sociedad, que iban a repartir.

—Para que luego hablen del honor entre ladrones —dijo Mary sarcásticamente.

—Ésa es solamente una fábula sin fundamento.

—El dinero también lo parecía en un principio. Pero ¿quién es el que avisa a Duchin de que debe marcharse? ¿Quién clava agujas en el corazón de las personas?

—Le diré una cosa, Mary; no sé quién es, pero sospecho qué es la misma persona que mató al hombre que encontramos en la cueva de los cangrejos.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Usted cree?

—Aún no se sabe quién es ni se ha podido identificar. No era de Ballyport, ni tampoco le conocía nadie. ¿Qué se puede sospechar en un caso semejante, sobre todo, después de lo que ha ocurrido?

Mary movió la cabeza varias veces.

—Sí, creo que tiene usted razón. —De pronto sonrió—. Jim usted vino a Ballyport a descansar y no para un momento —exclamó jovialmente.

—A mí me gustaría saber hacer otra cosa, aparte de lo propio de mi oficio —contestó él—. Pero no tengo ningún *hobby*, no sé pintar, ni me gusta la caza, ni la pesca... Soy un bicho raro, ¿comprende? Pero, de todos modos, este género de investigación es bien distinto del que practico a diario en Londres.

—Creo que ya comprendo. De un modo u otro, está descansando.

Markham sonrió.

—Por lo menos, duermo bien, a pesar de todo; me levanto a la hora que me apetece y no tengo que pensar, mientras me afeito, en el trabajo que me aguarda en el despacho. Eso también vale mucho, ¿no le parece?

—Sí, estoy de acuerdo.

«Fabius» dormitaba en el suelo. Markham y Mary estaban en el prado contiguo a la iglesia. El perro levantó la cabeza de pronto.

—Ahí viene la pintora —dijo ella.

Nancy Rickson subía la cuesta cargada con sus trebejos. Al llegar al punto elegido, montó el caballete, colocó la tela y empezó a mezclar los colores.

Markham y la muchacha se acercaron al lugar donde se hallaba la pintora.

—El tema está bien elegido —dijo él—. Cuando lo haya terminado, fije un precio, señorita Rickson. Si lo puede soportar mi economía, ese cuadro será un recuerdo eterno de mis vacaciones en este pueblo.

Nancy le miró sonriendo.

—Me lo pensaré, porque da la casualidad de que también a mí me gusta mucho —respondió.

Y continuó pintando.

* * *

Neil McLaird se acercó a la mesa donde estaba Markham, llevando dos vasos en las manos. Markham le miró sorprendido.

—¿Me rechazará un trago? —preguntó el otro—. No, claro...

—Parece usted de mal humor. ¿Acaso se debe que no progresa en sus investigaciones?

—Señor McLaird...

—Llámeme Neil, hombre. No me *trate* con tanto protocolo, Jim.

—Está bien, Neil. Lo primero que debe saber es que lo que hago es a título personal y sin que me lleve un mal rato por un eventual fracaso.

—Oh, eso está muy bien. ¿Qué más?

—Parece absolutamente cierto que Fillmore se trajo de Estados Unidos una enorme cantidad de dinero. Pero nadie sabe dónde está, y aun en el supuesto de que se encontrase, tiene un hijo, que es el legítimo heredero.

—Nadie ha encontrado al hijo...

—Es hija —sonó de pronto la voz de Duchin.

Markham y su interlocutor volvieron la vista hacia el yanqui. Duchin se acercó a la mesa, tomó una silla y se sentó a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo.

—La chica tenía unos dieciséis años cuando el padre la envió a Inglaterra, para que se educase. Está en el país y quizá aparezca algún día por Ballyport. No olvidemos que los periódicos hablan mucho estos días de las cosas que pasan en esta aldea.

—Eso es muy interesante —comentó McLaird—. Pero usted era socio de Fillmore y, por tanto, esa heredera puede dejarle sin el dinero.

Duchin sonrió de un modo singular.

—Deje que encuentre el dinero y ya verá quién se aprovecha de él —contestó.

—Tendrá problemas con la ley —advirtió Markham—. Y esto no es Chicago, recuérdelo.

—Ya veremos.

—¿Conocía usted a la hija de Fillmore?

—La vi un par de veces. Pero algo habrá cambiado... A su padre no le gustaba que estuviese en nuestro ambiente.

—Lógico. ¿Qué me dice de la señora Fillmore?

—Murió. Ella está ahora sola en el mundo.

—Con más de medio millón en perspectiva —rió McLaird.

—En el peor de los casos, la mitad de esa suma es mía —dijo Duchin ceñudamente—. No olviden este detalle tan importante.

Markham se encogió de hombros.

—Para mí no lo es, puesto que no tengo el menor interés en ese dinero —contestó firmemente—. Tal vez el señor McLaird...

—Oh, no, no —exclamó el aludido con gran viveza—. ¿Cómo podría yo tener interés en un tesoro que no trae más que desgracias? Soy muy supersticioso, créame, señor Duchin.

El yanqui miró sucesivamente a los dos hombres, con expresión llena de recelo. De pronto, se puso en pie.

—No me fío de ustedes —dijo con voz llena de dureza—. Por si acaso, será mejor que no se pongan en mi camino.

—Se lo barreremos, para que no se manche las suelas de los zapatos —respondió McLaird cáusticamente.

Duchin se marchó sin añadir una sola palabra. Cuando se hubo alejado, McLaird comentó:

—Un tipo poco agradable, ¿verdad?

Markham asintió.

—Pero aquí no está en Chicago —dije—. Neil, gracias por su copa.

Cuando se disponía a subir a su habitación, se encontró con Nancy, que regresaba cargada con sus trastos. Markham, galante, la ayudó a subir el caballete y la caja de pinturas hasta el primer piso. Ella agradeció el gesto con unas corteses palabras.

—No me de las gracias; lo único que he hecho ha sido cuidar de mi futura propiedad —dijo él.

—He pintado cuadros mejores. No me sale muy bien la vista de la capilla —se quejó Nancy.

—A mí me gusta y, ya lo he dicho, si el precio es soportable, se lo compraré.

Nancy hizo una inclinación de cabeza y se metió en su cuarto. De pronto, Markham sintió que había captado un detalle que no encajaba con todo lo que sabía hasta aquel momento.

Era algo que no encajaba en sus deducciones, un dato minúsculo, pero que estimaba muy importante.

Y, sin embargo, no podía recordar el detalle. Le parecía algo así como una rosa florecida en medio de una gran nevada.

De pronto, oyó rumor de voces.

Había dos personas que hablaban muy excitadamente en el corredor. ¿O eran más?

Alguien lanzó un sonoro taco. De pronto, Markham oyó:

—¿Estás seguro, Andy?

—Segurísimo, jefe.

—Yo no le he querido decir nada, esperando a que usted tomase una decisión —añadió Otis Bawton, el otro pistolero.

Markham tenía ya la oreja pegada a la cerradura de su puerta. Captó un instante de silencio y luego sonó otra vez el vozarrón de Duchin:

—Está bien, yo me encargaré en persona de hablar con ella. Vosotros me aguardaréis aquí: Green Hill House no está demasiado lejos y antes de una hora estaré de vuelta.

Se oyeron pasos firmes en el patio. Markham, furioso, pero también aprensivo por Mary, aguardó a que los dos esbirros se hubiesen metido en su habitación para salir de la suya y correr detrás de Duchin.

* * *

«Fabius» lanzó un sordo gruñido cuando oyó que llamaban a la puerta. Mary dejó a un lado el libro que estaba leyendo y se puso en pie.

Instantes después, aparecía ante su vista un rostro conocido, en el que había una expresión de terrible cólera.

—De modo que se lo ha tenido callado hasta ahora —dijo Duchin, a la vez que la empujaba hacia el interior de la casa.

«Fabius» volvió a gruñir, pero Duchin no hizo caso del perro. Mary, por su parte, se sentía terriblemente desconcertada.

—¿Qué es lo que pretende usted? —exclamó—. ¿Qué derecho tiene a irrumpir en mi casa a estas horas?

—Déjese de legalismos estúpidos —refunfuñó Duchin—. Sé quién es usted y... miré, no me importa que se aproveche del asunto, pero la mitad me pertenece, ¿comprende?

—No entiendo en absoluto. ¿Por qué no habla claro de una vez?

—Está bien, Mary Fillmore. ¿Dónde escondió tu padre la «pasta»?

Ella abrió los ojos desmesuradamente. De pronto, creyó comprender la verdad.

—Usted piensa que soy la hija de Fillmore —dijo.

—«Eres» la hija de aquel condenado ladrón.

—Señor Duchin, alguien le ha tomado a usted el pelo. Soy hija legítima de Edward y Pamela Castle, cosa que puedo probar de

modo concluyente.

—Vamos, vamos, no me tomes por tonto —gruñó Duchin—. Ya te he dicho que sólo quiero la mitad de los seiscientos mil que se llevó tu padre. No dirás que no soy generoso, ¿verdad?

—¡Le han engañado! —insistió Mary, que no se sentía demasiado segura ante aquel sujeto que parecía dispuesto a todo—. No tengo nada que ver con el apellido Fillmore...

De súbito, Duchin alzó la mano y golpeó el rostro de Mary. Ella lanzó un grito y cayó violentamente sobre un diván.

—Escucha —gritó Duchin, a la vez que alargaba las manos hacia ella—, estoy dispuesto a hacerte pedazos si no...

El aspecto del antiguo *gángster* era espantoso. Mary se dio cuenta de que estaba en un verdadero peligro. Duchin la agarró por los brazos y la hizo ponerse en pie.

Entonces, lanzó un agudo grito:

—¡«Harrack»!

«Fabius» oyó la voz de la muchacha y sus orejas se atiesaron, a la vez que se erizaba el vello de su lomo. Un segundo después, sesenta kilos de huesos y músculos, poderosamente entrenados, cruzaban el espacio.

Duchin gritó al sentirse lanzado al suelo. Oyó los gruñidos del can y sintió que se le ponían los pelos de punta. Se revolvió sobre sí mismo, pero lo único que consiguió fue ponerse boca arriba, con lo que facilitó la llegada de los dientes de la bestia a su garganta. «Fabius», sin embargo, no mordió, limitándose a sujetar el cuello de Duchin. El *gángster* tenía los pelos de punta.

Markham entró en aquel momento y contempló la escena. Mary levantó la mano, apartándose de la cara el revuelto cabello.

—Si repito la palabra clave, «Fabius» le degollará, señor Duchin —dijo.

Duchin sudaba de pánico.

—Quíteme a esta fiera de encima...

—Mary, ¿es cierto que es usted hija de Fillmore? —preguntó Markham.

—No, y no sé tampoco de dónde se ha sacado este miserable semejante infundio. Vino aquí hecho un loco, para reclamarme un dinero que no sé dónde está y no me importa... Duchin se movió un poco y «Fabius», fiel al entrenamiento recibido, volvió a gruñir. —

Señorita, por favor...— ¡A tu sitio, «Fabius»!

El perro saltó a un lado. Duchin se sentó en el suelo, todavía con el miedo reflejado en los ojos. Luego, aún algo aturdido, se puso en pie. Markham se le acercó y, con gesto imprevisto, le quitó la pistola que llevaba bajo la chaqueta.

—¡Eh, eso es mío! —protestó el individuo.

Las huellas de la mano de Duchin estaban todavía marcadas en la mejilla de Mary. Markham sintió un súbito acceso de cólera y, levantando el pie derecho, golpeó duramente la rodilla izquierda del indeseable visitante.

Duchin lanzó un aullido. Markham le asestó un puñetazo y lo tiró al suelo.

—Déjelo ya, Jim —pidió Mary.

—Se lo merece —dijo él, todavía muy furioso—. Vamos, Duchin, levántese y salga de aquí. Si vuelve otra vez, ella dejará que el perro le degüelle.

Duchin temblaba de rabia, pero no podía hacer nada.

Penosamente se puso en pie y se encaminó hacia la puerta.

—Lo siento —dijo—. Me equivoqué...

—Pero ¿quién diablos le contó la historia de que yo era la hija de Fillmore? —preguntó Mary.

Duchin se volvió hacia ella.

—Uno de... de mis amigos, se encontró con un anónimo en su habitación. El papel decía que usted es la hija de Fillmore y que tenía que saber dónde está el dinero.

—Sí que es usted ingenuo —comentó Markham burlonamente—. ¿Conserva el anónimo?

—No, lo tiene Andy Harris... Está escrito a máquina...

—Guárdelo, se lo pediré más tarde. Y ahora, lárguese.

Duchin se marchó sin añadir una sola palabra. Mary se volvió hacia el joven.

—Jim, no sé cómo darle las gracias...

—Bah, olvídelo —sonrió él—. Usted, de todos modos, tenía una buena protección.

Mary acarició la cabeza del perro.

—«Fabius» se ha portado tal como esperaba —dijo—. Ha respondido plenamente al entrenamiento recibido.

—Lo celebro. Pero, de todas formas, hay algo que me preocupa

enormemente.

—¿Qué es, Jim?

—¿Por qué han dicho que usted era hija de Fillmore? ¿Qué beneficio puede esperar obtener el autor de ese infundio?

—Muy sencillo —respondió Mary—. Por este procedimiento, espera desviar el interés hacia su persona.

—¡Pero si no sabemos quién es! —exclamó Markham.

—Y ahora nos resultará todavía más difícil, porque, de este modo, ha introducido un elemento de confusión en un asunto que ya está terriblemente complicado —dijo la muchacha.

CAPÍTULO X

—He visto que usted salía corriendo, como si ocurriese algo grave —dijo Lynn.

Markham sonrió de mala gana.

—Algunos son muy dados a fantasías —contestó.

—¿Sí? ¿Qué ha pasado?

—Por lo visto, Fillmore tenía una hija. Usted habrá oído hablar algo de ello, supongo.

—Sé que se casó en tiempos y que tuvo un hijo, pero siempre pensé en un varón...

—Duchin asegura que es hija y que Fillmore la envió aquí hace años, para que se educase, quiero decir a Londres o a alguna ciudad importante. Pero alguien le dijo que Mary Castle era la hija de Fillmore y él se tragó el embuste.

—Un alma cándida, vamos —rió Lynn.

—Sólo hasta cierto punto. Pero lo que me preocupa no es el embuste en sí, sino sus motivaciones. ¿Conoce usted bien a Mary?

Lynn hizo un gesto ambiguo.

—No hemos tenido lo que se dice un trato íntimo —contestó—. Ella ha sido siempre una chica más bien retraída, no demasiado sociable, ¿comprende?

—Ese anónimo me preocupa, Lynn, créame —insistió él—. De todos modos, Duchin se ha llevado una buena lección.

—¿Qué ha pasado?

—Golpeó a Mary y ella le lanzó el perro. Si Mary hubiese querido, «Fabius» le hubiese cortado la garganta a dentelladas.

—Un animal peligroso —comentó Lynn.

—Está bien entrenado para defender a su dueña, eso es todo. Lynn, tendrá que dispensarme, pero estoy algo cansado.

Ella le miró con simpatía.

—Algún día aceptará tomar una copa conmigo —dijo.

Markham asintió.

—Sí, algún día —contestó.

Le costó bastante dormirse, pero acabó por conciliar el sueño. Despertó algo tarde y, después del aseo, bajó al comedor.

Harris y Bawton, los esbirros de Duchin, habían desayunado ya. Parecían esperar a su jefe. Markham tomó el desayuno. Cuando terminó, Duchin no había aparecido todavía. De pronto, Markham tuvo un impulso. Poniéndose en pie, cruzó la sala y se acercó a los sujetos.

—¿Cuál de los dos recibió el anónimo? —preguntó.

—No lo recibimos, lo encontramos en la habitación —contestó Harris.

—¿Qué pasó después con ese papel?

—Él jefe lo leyó y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta, eso es todo.

Markham consultó la hora.

—Son casi las diez —dijo.

—No tardará en bajar —manifestó Bawton.

—De todos modos, yo no puedo esperar...

—¡No moleste al jefe! —exclamó Harris con torvo acento.

Hubo un instante de silencio. Markham desafió al pistolero con la mirada.

—Intente cortarme el paso —dijo al cabo.

Harris se puso en pie.

—No; pero subiré con usted y si el jefe me ordena darle una paliza, le romperé todos los huesos —prometió.

—Correré ese riesgo.

Los dos hombres se dirigieron hacia la escalera. Bawton les siguió, algo rezagado.

Al llegar al piso superior, Markham vio a la pintora inclinada hacia el suelo de tablas.

Nancy se incorporó casi en el acto, con la sonrisa en los labios.

—Se me había caído una horquilla del pelo...

Markham frunció el ceño, pero, en aquellos momentos, había algo que le preocupaba más todavía. Fue a la puerta del dormitorio de Duchin y llamó con fuertes golpes.

Duchin no contestó. Harris empezó a sentirse alarmado.

—¡Otis, algo le ha pasado al jefe! —exclamó.

Bawton abrió sin más ceremonias. Apenas había dado un paso en la habitación, lanzó un juramento.

Harris se puso lívido. Markham se estremeció al ver el cuerpo inmóvil de Duchin, con los ojos desmesuradamente abiertos, lo mismo que la boca.

Duchin estaba vestido solamente con los pantalones del pijama. Markham advirtió el color casi amarillento de la piel.

—¡El jefe también! —dijo Harris.

Markham oyó de pronto un ruido extraño. Volvió la cabeza. Los dientes de Bawton castañeteaban perceptiblemente. El sujeto estaba bajo un ataque de terror.

—El jefe —repitió Harris—. Y Roy antes que él, y Nord y Rowson... y de Crane no tenemos noticias...

Aquel nombre llamó la atención de Markham.

—¿Quién es Crane? —preguntó.

—E... el secretario del jefe... Lo envió aquí hace tiempo para que averiguase cosas sobre el dinero... pero al no tener noticias suyas hizo que vinieran Nord y Rowson. También murieron...

Era evidente que Harris no se sentía menos amedrentado que su compinche. El asesino, pensó Markham, trataba de eliminar la competencia por medio del terror.

En cuanto a Crane, podía afirmar ya que se trataba del desconocido hallado en la cueva de los cangrejos. Las dos iniciales a continuación del nombre escrito en el papel que había encontrado en casa de Benny —C. C.—, parecían confirmar su suposición.

«Cuevas Cangrejos», pensó. Pero ¿quién había matado a Crane?

De pronto, Harris dio media vuelta.

—Compañero, yo me largo —dijo—. Seiscientos mil dólares es mucho dinero, pero ¿de qué nos servirá en la tumba?

Bawton hizo un movimiento afirmativo.

—Estoy contigo, Andy —respondió.

Instantes después, Markham quedaba a solas con el cadáver. Pero, entonces, recordó un detalle.

A Nancy se le había caído una horquilla del pelo. ¿Y si era un agujón?

En pocos segundos tomó una decisión. Bajó a la planta y se

encaró con Reeves.

—Tienes que avisar a Grattan —dijo—. Se ha cometido otro asesinato.

Reeves lanzó una risita.

—Empiezo a acostumbrarme —contestó sarcásticamente—. ¿Quién es el muerto ahora?

—Duchin. Thad, déjeme la llave maestra. Puede que no sea legal, pero quiero registrar una habitación. —Sí, señor, al momento.

Mientras Reeves salía a la calle, Markham subió al piso superior. En el pasillo se encontró con Lynn.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Duchin ha muerto. Y yo voy a registrar una habitación, con o sin permiso.

Lynn se quedó atónita. Antes de que pudiera decir nada, Markham abrió ya la puerta del dormitorio de la pintora.

Lo primero que hizo fue dirigirse al baño. Allí, sobre tina repisa, encontró una larga aguja para el pelo, de unos doce o quince centímetros de largo, rematada en una pequeña pero brillante cabeza roja de forma esférica.

Sonriendo satisfecho, se volvió hacia Lynn, que permanecía en el umbral.

—¡El arma del crimen! —dijo.

Ella se cogió la cara con ambas manos.

—¡Horrible! —Calificó.

—En efecto. —Markham sacó un pañuelo y envolvió cuidadosamente el largo alfiler—. Se lo entregaré a Grattan, que ya debe de estar a punto de llegar.

—Pero... ¿cómo se puede matar a la gente de esa manera? —exclamó Lynn.

—Es bien sencillo —sonrió él—. La puñalada por la espalda... aunque en este caso se trata de un agujón para el pelo. —Luego el asesino es una mujer.

—Sí. Ahora, imagínese a un hombre en brazos de la asesina, que habrá empleado, supongo, todos sus ardides femeninos para... soliviantar a su víctima. Están abrazados y él, en el momento de pasión, no se da cuenta de que la mujer eleva un brazo, saca la aguja de su pelo y...

—Y se la clava en la espalda.

—Exactamente.

—Pero se necesita cierta puntería... creo yo —dijo Lynn.

—Bueno, el corazón está un poco más arriba de los riñones, y algo, no mucho, a la izquierda de la columna vertebral. Por otra parte, es más grande de lo que la gente suele pensar...

Ella se estremeció.

—Debe de ser horrible sentir una aguja que penetra hasta el corazón —dijo.

—Y que permanece todavía algunos minutos clavada, hasta que consigue parar los latidos. No es una muerte agradable, créame, aunque, ¿hay alguna muerte agradable? Ella movió la cabeza negativamente. En aquel momento, se oyeron pasos en la escalera.

—Viene Grattan —adivinó el joven.

Salieron al pasillo. Grattan, sofocado, encarnado, lleno de sudor, llegaba en aquel momento.

—Thad me ha dicho que hay otro cadáver —exclamó.

Markham abrió la puerta del cuarto de Duchin.

—Ahí lo tiene —indicó.

Grattan se asomó un instante, pero no quiso mirar apenas.

—¡Santo Dios! ¿Cómo...?

Markham le entregó su pañuelo.

—Adentro hay un alfiler para el pelo —dijo—. Presumo que es el arma homicida.

Grattan parecía anonadado.

—¿Dónde la ha encontrado? —preguntó.

—En el cuarto de baño de la señorita Rickson —contestó Lynn rápidamente.

—¿Qué? ¿La pintora es...?

—Así parece. ¿No lo cree usted también, Jim?

Markham hizo un silencioso gesto de asentimiento.

—Entonces, la arrestaré... —exclamó Grattan impetuosamente.

—No se precipite —aconsejó Lynn—. Ella ignora que hemos encontrado la prueba de su crimen. Ha salido a pintar, de modo que no se escapará. Lo mejor, creo, es que aguarde su regreso.

Grattan se volvió hacia el joven, como consultándole con la mirada.

—La señora Farrar tiene razón —dijo Markham.

—Pero ¿por qué ha cometido todos esos crímenes? —exclamó el

desconcertado representante de la ley.

—La respuesta es muy sencilla: esa pintora es la hija de Lane Fillmore —respondió Lynn.

CAPÍTULO XI

—Me parece, por lo menos, dudoso —dijo Mary Castle.

—Entonces, usted no cree que Nancy Rickson sea culpable.

Mary movió la cabeza enérgicamente.

—No. Llámelo intuición femenina, presentimiento de la realidad... como quiera, pero Nancy no es el asesino —insistió.

—A ver, explíquese —pidió Markham.

—Los crímenes han sido cometidos con gran habilidad, empezando por la muerte del propio Fillmore. ¿Cree usted en la posibilidad de que una hija mate a su propio padre?

—No es corriente, en efecto, pero algunas veces ha sucedido, Mary.

—Sí, pero, en la mayoría de las ocasiones, se ha tratado de un arrebató del momento, como consecuencia de una violentísima discusión o algo por el estilo. Pero la muerte de Fillmore indica una fría premeditación.

—Eso es cierto.

—Y, además, después de tener tanto cuidado, ¿cree que iba a dejarse olvidada el arma homicida?

—Mary, a veces los criminales cometen descuidos imperdonables —dijo Markham—. Por eso son tan raros los crímenes perfectos.

—Tiene usted razón —convino la muchacha—. A pesar de todo, me parece muy difícil que Nancy haya podido cometer ese error. Si es la asesina, no se puede negar que ha actuado hasta ahora con suma inteligencia.

—La verdad, yo no acabo de creer que sea ella.

—¿Por qué, Jim?

—Han muerto varias personas a consecuencia de sendos

pinchazos en la región cordial. Dos, Rowson y Nord murieron a causa de la trampa explosiva que dejó preparada Fillmore. Pero ¿quién mató a Crane?

Mary frunció el ceño.

—Le rompieron la cabeza, dicho sea de la forma más vulgar posible —murmuró—. Justamente, y murió antes de que llegase Nancy Rickson. ¿También se puede achacar esa muerte a la pintora?

La muchacha guardó silencio. De pronto, se acercó a una de las ventanas de la sala de su casa, donde tenía lugar la conversación.

—¡Jim! —exclamó de pronto.

—¿Sí, Mary?

—Nancy no está junto a la iglesia.

Markham dejó a un lado la taza de té a medio tomar y se puso en pie de un salto. Desde la ventana, en efecto, podía verse un amplio panorama, cuyo detalle principal era la vieja capilla normanda. —Estará al otro lado— supuso.

—No —contradijo Mary—. Nancy no había terminado aún el cuadro y se colocaba de modo que yo podía verla con toda facilidad. La distancia no son ni trescientos metros y tendría que estar allí... es decir, si resulta cierto lo que usted cree.

—Yo la vi cargada con los tratos: caballete, tela, caja de pinturas... Me pareció que salía a pintar y estimo lógico que tratase de acabar el cuadro.

—Pues no está allí, Jim.

De pronto, Markham recordó cierto detalle que se le había pasado por alto hasta el momento.

—Cuando nos encontramos, antes de descubrir el cadáver de Duchin, ella recogía algo del suelo. Dijo que se le había caído una horquilla...

Mary se estremeció.

—Pudo ser una aguja para el pelo —exclamó.

Markham asintió.

—Tal vez se ha fugado, sabiendo que puede ser descubierta de un momento a otro —supuso.

—Es posible..., pero, de todos modos, sigo creyendo que ella es inocente —insistió Mary.

—A ver, explíquese.

—Las agujas grandes, del tipo que ha sido empleado para matar

a la gente, son para peinados sofisticados, con postizos y añadidos, cuando no llega el pelo propio. Nancy va peinada de una manera muy sencilla: todo lo más, necesitará un par de horquillas, Jim.

—Pero puede que algún día haya necesitado una larga aguja.

—Lo dudo mucho. Ya le he dicho quién suele usar esas agujas. Yo, no, por supuesto.

—¿Y si se ha fugado de veras?

—¿Se le ha ocurrido preguntar si su coche sigue en el estacionamiento de la posada?

Markham hizo un gesto con la cabeza.

—Creo que iré a comprobarlo —contestó—. Aguárdeme aquí, ¿quiere?

—Tengo teléfono —indicó Mary—. Llámeme en cuanto sepa algo.

—Está bien.

Markham salió de la casa. A los cien pasos, se encontró con Grattan.

—Está buscando a la pintora —dijo.

—Sí —confirmó el agente.

—No vaya allá arriba, no está.

Grattan puso la cara fosca.

—Esa mujer... Parece tan buena y tan amable... y es una asesina de la peor especie... —dijo rabioso.

—Todavía no hay pruebas, agente —exclamó Markham con severidad.

—Para mí, ella es la que ha cometido todos los crímenes. La verdad, yo creía que estaba pintando en la colina de la iglesia. Alguien la vio subir hacia allí, señor Markham.

—¿Quién? —preguntó el joven de inmediato.

—Neil McLaird. Salía de una casa de arreglar una cañería...

—¿Es fontanero? —se asombró Markham.

—Oh, no, pero se traía de un hombre muy dispuesto y servicial y muy hábil en toda clase de trabajos manuales. Claro que también trabajó hace años en una fábrica de cajas de caudales, pero se vino a vivir aquí, porque no le gustaba el empleo. Creo que tuvo algunas dificultades con sus superiores, porque eran muy rutinarios y él es un tipo con mucha iniciativa... En fin, no se tiene a menos porque alguna vecina le llame para una pequeña reparación, ¿comprende?

—Sí, desde luego. Señor Grattan, ¿sabe si el coche de la señorita Rickson está en el garaje de la posada?

—No lo he mirado...

—Eso es algo que conviene averiguar, porque de este modo sabremos si continúa o no en el pueblo.

Grattan dio media vuelta.

—Iré ahora mismo —afirmó.

Markham quedó unos momentos irresoluto. ¿Debía encomendar aquella sencilla labor al agente y esperar en casa de Mary?

Lo mejor era averiguarlo por sí mismo, decidió al cabo. Grattan corría ya por el camino hacia abajo, con una rapidez impropia de sus años y su corpulencia, pero no trató de alcanzarlo. A fin de cuentas, se dijo, no tenía demasiada prisa. Nancy no era el asesino, desde luego.

De repente, oyó una voz que pronunciaba su nombre:

—¡Eh, Markham!

El joven se volvió. Asombrado, se dio cuenta de que estaba frente a la casa de Fillmore. Un hombre, que asomaba parte del cuerpo por la puerta abierta a medias, agitaba la mano para llamar la atención.

La puerta del jardín estaba abierta. Markham avanzó, rodeó el surtidor central y llegó a la entrada de la casa.

—¡Neil! —exclamó, sorprendido, al reconocer a McLaird.

—Entre, tengo que enseñarle algo muy importante —dijo el individuo.

Markham cruzó el umbral. Apenas lo había hecho, oyó que la puerta se cerraba a sus espaldas.

Empezó a volverse. En el mismo instante, sintió un terrible golpe en la cabeza y perdió el conocimiento.

* * *

El dolor se fue desvaneciendo. Pasó mucho rato antes de que se sintiera bien. Entonces se dio cuenta de que estaba atado de pies y manos, y éstas a la espalda. También advirtió que no estaba solo.

—¿Cómo se encuentra? —Oyó una voz de mujer.

—¿Nancy? —dijo él con voz débil.

—Sí. Ha caído en la trampa, ¿eh?

—Eso parece. ¿Dónde estamos?

—En el sótano de la casa de mi padre, cerrados con diez cerrojos y sin un hueco desde el que poder gritar para que nos oigan —contestó ella.

—¿Qué le pasó? ¿Cómo la atrajo Neil hasta aquí?

—Dijo que quería mi opinión sobre unas pinturas que había en la casa. —Nancy rió amargamente—. Sólo soy una pobre aficionada que desempeña el papel de pintora para encontrar...

—A los asesinos de su padre, supongo —dijo Markham, al ver que ella se interrumpía.

—Lo siento, debo ser franca. Mi padre nos abandonó a mí y a mi madre hace años. No le guardaba ningún afecto, por raro que pueda parecerle.

—Entonces, ha venido a buscar el dinero.

—Tengo derecho a esa fortuna, ¿no cree?

—Si es usted la hija de Fillmore...

—El apellido Rickson pertenece a mi esposo, pero hace tiempo que estamos divorciados —explicó ella.

—Yo creí que su padre la había enviado aquí a educarse. Al menos, eso es lo que me dijeron.

—Lo que hizo mi padre fue deshacerse de una esposa y una hija incómodas. A los seis meses de llegar a Inglaterra, cesó de enviarnos dinero. Ya no supimos más de él —contestó Nancy casi con rabia.

El diálogo se desarrollaba a oscuras. Markham, por otra parte, ignoraba el tiempo que había permanecido sin sentido, por lo que no podía saber la hora.

—Usted tardó mucho en venir a Ballyport. Ya hace seis meses que murió su padre —dijo Markham.

—Tardé en enterarme. De la muerte de un hombre, los periódicos no dicen nada, cuando se trata de un ataque al corazón. La cosa cambia cuando se trata de un asesinato.

—¿Sabía usted lo de su fortuna?

—Los periódicos dijeron algo. Yo me dije que tenía derecho a ese dinero. Lo malo es que hay otros que también piensan lo mismo.

—McLaird, por ejemplo.

—Sí. Ahora bien, no comprendo cómo un hombre puede matar con lo que se podría llamar un arma de mujer. ¿Usted lo entiende?

—Es que McLaird tiene una cómplice.

—Oh —exclamó Nancy—. No será la chica de la colina...

—No, se llama Lynn Farrar.

—La dueña de la posada, ¿eh? Siempre peinada tan sofisticadamente... Se comprende que use agujas largas para el pelo —dijo la pintora.

Markham calló. ¿Cómo no lo había sabido ver antes?, se dijo. Hubiera podido evitar algunas muertes, pero, sobre todo, habría evitado su actual situación, que no tenía nada de tranquilizante, si se pensaba en la falta de escrúpulos de la pareja. Porque ya no le cabía la menor duda de que Lynn y McLaird estaban de acuerdo.

De repente, se abrió la puerta. Un chorro de luz cayó sobre los dos prisioneros.

Markham cerró los ojos, deslumbrado.

—Hola, Jim —sonó la voz de Lynn Farrar—. ¿Se encuentra cómodo?

—Nunca se está cómodo, atado de pies y manos y en la vecindad de un asesino —contestó el joven, tratando de dar a su voz una entonación de naturalidad.

CAPÍTULO XII

Una burlona carcajada fue la respuesta a las palabras de Markham.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Lynn.

—Hace días, usted pronunció una frase que debiera haberme hecho pensar mucho entonces. En el camastro de Benny apareció una gotita de sangre. Usted dijo: «En la cama de Fillmore no se encontraron manchas de sangre». Si el médico hubiera sospechado de un crimen, las cosas habrían sido muy diferentes, pero no fue así. Y sólo la persona que mató a Fillmore podía saber que no había sangre en su cama. ¿Qué hacía allí, intercambiar información por amor?

Los ojos de Lynn despidieron chispas durante un momento.

—El viejo granuja... —barbotó—. Estuvo divirtiéndose conmigo todo lo que quiso, pero nunca soltó prenda... Me harté de él y lo envié al otro barrio.

—Y así podría registrar la casa tranquilamente, pero no encontró el dinero. ¿Le ayudó Neil, el experto en cajas de caudales?

—Lynn, sabe muchas cosas —dijo McLaird, detrás de la linterna que sostenía con la mano derecha.

—Sí, pero no las repetirá a nadie.

—Alguien sabrá algún día que fue Neil quien preparó la trampa explosiva en la caja fuerte de Fillmore, cuando se convenció de que allí no había ni siquiera facturas saldadas —dijo Markham burlonamente—. Por cierto, Neil, ¿fue usted el que «cascó» la cabeza de Crane?

—Husmeaba demasiado por la casa. Una noche vine y lo encontré. Tenía un buen garrote en la mano. No le di tiempo a sacar la pistola.

—Claro, lo atacó por la espalda. Usted, que es tan mañoso,

seguro que hizo también un duplicado de la llave de la puerta posterior, ¿no es cierto?

—Son seiscientos mil dólares —dijo McLaird roncamente.

—Sí, una cantidad que justifica muchos crímenes. Por ejemplo, la trampa explosiva que preparó a continuación... ¿Les dio Benny información sobre los tipos que componían el *gang* de Fillmore? Tuvo que ser así, porque fueron eliminándolos uno tras otro, hasta conseguir aterrorizar a los dos supervivientes y hacerles escapar como alma que lleva el diablo. Nada de competencia, ¿verdad?

—Ninguna competencia —admitió Lynn fríamente.

—Y usted, seducía a los hombres y cuando la abrazaban, les clavaba una aguja por la espalda. ¿Cómo se le ocurrió complicar a Nancy?

—Es la hija de Fillmore, ¿no?

—Ciertamente, pero ¿cómo lo supo?

—Encontramos una fotografía en la casa. Entonces era poco más que una chiquilla, pero ya sospechábamos de todo forastero, aunque hubo un tiempo en que creímos que era Mary Castle.

—Por eso la acusó luego, ¿verdad?

Lynn sonrió.

—¿Quién demostrará lo contrario? —contestó.

—¡Van a matarnos! —Se aterroró Nancy.

—Pues... sí —admitió McLaird fríamente—. Y tardarán mucho en descubrir sus cuerpos y cuando los encuentren... Bueno, ya lo sabrán a su hora —añadió—. Lynn, toma la linterna.

La rubia asintió. McLaird avanzó unos pasos. Markham observó que llevaba en las manos un gran rollo de cinta adhesiva.

—Van a taparnos la boca —adivinó.

—Exactamente, porque son dos y, por tanto, no podemos llevarlos a cuestas. Irán a pie y ya les ataremos los pies más adelante.

Markham soltó una risita.

—¿De veras piensan encontrar el dinero? —preguntó.

—Tarde o temprano, eso es lo que sucederá —respondió McLaird.

—Pero no saben dónde está.

—Usted, sí, por supuesto.

—Tal vez.

—A ver, hable...

—¡No le hagas caso! —exclamó Lynn de pronto—. Sólo quiere ganar tiempo, Neil.

—¿Han pensado alguna vez en las rarezas de Fillmore? —preguntó Markham.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, McLaird se arrodilló junto a Markham y le tapó la boca con el esparadrapo. Acto seguido, hizo lo mismo con Nancy.

—Les desataremos los pies —dijo al terminar la tarea—. Luego se los ataremos de nuevo. Y antes de que se haga el día, los cangrejos tendrán un espléndido festín. Markham oyó aquellas palabras y se le pusieron los pelos de punta.

* * *

El mar batía sordamente la base del acantilado. Había ya una grísea claridad y se respiraba aire salino y yodado. Markham hacía inauditos esfuerzos por soltarse, pero hasta entonces, todo había resultado inútil.

Había algunos cangrejos, pero, hasta entonces, no parecían haber reparado en sus presas. Markham sabía que la espera no podría durar mucho.

De repente, se deslizó hasta la pared. Frotando la cara contra la pared rugosa, consiguió levantar una punta del esparadrapo. Siguió su labor, y a los pocos momentos, tenía la boca casi libre.

De repente, oyó un ligero castañeteo. Nancy emitió algunos gruñidos ininteligibles. Markham notó una picadura en el tobillo y movió los dos pies al mismo tiempo. El caparazón de un crustáceo chasqueó sordamente.

El ruido de las pinzas aumentó en intensidad. Súbitamente, se oyó un distante ladrido.

—¡Aquí, aquí! —gritó Markham.

Los ladridos sonaban cada vez más cerca. Nancy se debatió, mordidas las piernas por un par de cangrejos.

—¡Mary, en la cueva! —clamó Markham, con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Allá vamos, Jim! —contestó la muchacha.

—Nancy, estamos salvados... —Markham lanzó una maldición

al sentir la mordedura de un cangrejo en el muslo izquierdo—. Condenados bichos.

La silueta de Mary se hizo visible de pronto en el umbral de la cueva. Vio a la pareja y lanzó un grito:

—¡Aprisa, señor Grattan!

«Fabius» ladraba abajo, en la playa. Grattan apareció, resoplando, sudoroso, casi sin aliento.

—Una navaja —pidió el joven.

Con los pies, calzados con botas, Mary lanzaba a los cangrejos fuera de la cueva.

Grattan cortó las ligaduras de la pareja. Luego libró la boca de Nancy de su mordaza.

—Gracias... —jadeó la pintora.

—Vamos, pronto —exclamó Markham.

Apenas si podían tenerse en pie, pero la vista de los cientos de cangrejos que llegaban a la cueva les hizo apresurarse. Nancy cayó sobre la playa, medio desmayada a consecuencia de la emoción. Había sangre en sus piernas, pero no parecían heridas de importancia.

Grattan sacó del bolsillo posterior un frasquito de metal.

—Esto les reconfortará —dijo.

Markham asintió, pero hizo que Nancy bebiera en primer lugar. Cuando se sintió un poco mejor, miró a Mary.

—Nos ha salvado la vida —dijo.

—Usted quedó en llamarme, pero no lo hizo —explicó la muchacha—. Por otra parte, el coche de Nancy seguía en el estacionamiento. Hablé con Grattan por la noche y me dijo que no sabía nada de los dos. He pasado la noche casi en vela y, al amanecer, no pudiendo resistir más, me puse en pie y me dije que «Fabius» encontraría su rastro.

—Ha sido una buena idea —sonrió Markham.

—Pero ¿quién les ha traído aquí? —preguntó el desconcertado Grattan.

—Los autores de los crímenes: Lynn Farrar y Neil McLaird.

Grattan abrió la boca de par en par, incrédulo al escuchar aquella respuesta. Se convenció más tarde, cuando Markham explicó todo lo que sabía.

El buen policía se rascó la cabeza, perplejo.

—Pero no comprendo por qué mataron a Benny...

—Tal vez lo hizo McLaird, con una aguja que le prestó Lynn. No lo hizo bien y quedó una gotita de sangre en la sábana. A mí me pareció siempre que botella y media de licor era demasiado para Benny.

—¿Era un peligro para la pareja? —preguntó Mary.

—Seguro. Benny sabía muchas cosas y podía comprometerles gravemente. Lo más probable es que estuviera aguardando la ocasión; cuando ellos encontraran el dinero, pediría una parte. Tal vez había insinuado ya algo al respecto, pero tanto Lynn como McLaird sabían que no podían confiar en un holgazán, bebedor y parlanchín. Y, en realidad, yo creo que Benny sabía dónde estaba el dinero.

—¿Dónde? —preguntó Nancy con avidez.

Markham se volvió hacia el agente.

—¿Por qué no detiene a los culpables? —sugirió.

Grattan echó a andar con toda resolución.

—¡Vamos! —dijo.

* * *

Markham y Grattan se detuvieron ante la puerta del dormitorio de Lynn. Apenas eran las ocho de la mañana. Grattan llamó con fuerza.

Bostezando aparatosamente, envuelta en una bata, Lynn abrió y miró con sorpresa al agente. Markham se hallaba a un lado de la puerta.

—¡Señor Grattan! ¿Sucedé algo grave?

Markham se hizo visible de pronto.

—¿Qué tal, Lynn?

La cara de la señora Farrar se puso blanca como la nieve. Por encima de sus rubios cabellos, al fondo, Markham divisó a McLaird en la cama.

Se oyó una terrible maldición. McLaird abrió un cajón de la mesilla de noche y sacó un revólver.

—¡Quieto, Neil! —gritó el policía.

En el mismo instante, sonó un estampido. Markham vio, durante un segundo apenas, una mano femenina que surgía armada entre él

y Grattan. El revólver pertenecía a Nancy.

McLaird lanzó un débil grito y cayó de espaldas sobre el lecho. Lynn se cubrió la cara con las manos.

Nancy miró desafiadoramente al policía.

—¡Ese hombre intentaba atacar a un representante de la ley! —dijo.

Grattan tragó saliva. Realmente, no podía reprochar nada a la pintora. Se había visto a un paso de la muerte y Nancy le había salvado la vida.

Con acento lleno de severidad, dijo:

—Lynn, vístase; tiene que acompañarme.

La señora Farrar, desmoralizada, asintió en silencio. Markham contempló durante unos momentos el inerte cuerpo de McLaird, en cuyo pecho se divisaba una mancha de sangre que se extendía lentamente.

* * *

—¿De cuál de los dos partió la idea de buscar la fortuna de Fillmore? —murmuró Markham horas más tarde, mientras Mary le servía una taza de té.

—¿Cree que eso importa mucho, Jim? —preguntó ella.

—A decir verdad, no. Lynn purgará ahora unos crímenes, aunque hayan sido cometidos en personas poco honorables...

—Y se quedará sin el tesoro de Fillmore. Será para su hija, claro.

—Es un dinero de procedencia más que dudosa, pero ¿quién demuestra que no pertenece legalmente a Nancy?

—Usted supo el lugar donde se encontraba. ¿Cómo llegó a esa conclusión?

—Benny me hizo pensar con una frase que podía parecer metafórica, pero que luego resultó ser real, aunque quizá él no lo supiera. Benny dijo que Fillmore se había llevado el secreto a la tumba. Pero yo hablé en más ocasiones con Sue Tellyn, quien me contó la rareza de su amo. Fillmore tenía en una habitación cerrada el ataúd con que le habían de enterrar algún día. Para muchos, podía ser un capricho. Pero sólo él sabía que el dinero estaba allí, en un falso fondo de la base. Claro, cuando necesitaba fondos, sacaba unos cuantos billetes y los cambiaba por libras. Como nadie

sospechaba nada al respecto...

—Enterraron juntos a Fillmore y a su dinero —sonrió Mary.

En aquel momento, llamaron a la puerta. «Fabiús» gruñó.

Mary se levantó a abrir. La silueta de un chico apareció en el umbral.

—Me han dado esto para ustedes —anunció el pequeño mensajero.

Mary tomó un cuadro y una carta. Markham se acercó y entregó al chico media corona.

—¡Es el cuadro de la capilla! —exclamó.

—Se lo regala Nancy —sonrió Mary—. Pero también hay una carta dirigida a usted... Markham rasgó el sobre. Dentro había una cuartilla con una breve leyenda:

Los billetes estaban podridos.

Markham pasó la nota a la muchacha. Mary hizo un gesto de asco. El dinero se había corrompido en la tumba junto con el cadáver de su dueño.

Markham quemó la nota. Deliberadamente, se había negado a presenciar la exhumación del cuerpo de Fillmore, solicitada por su hija. Ahora se felicitaba de su decisión.

Al cabo de unos instantes, se volvió hacia la muchacha.

—Un suelo muy húmedo, un ataúd muy aparatoso, pero con maderas de inferior calidad... —dijo.

Ella arrugó la nariz.

—Por favor, no hable más de este asunto —rogó.

—Sí, es mejor hablar de otras cosas. Por ejemplo, mis vacaciones están a punto de terminar, pero pienso volver, Mary.

—¿Tardará mucho, Jim?

—Depende del trabajo —sonrió él—. Pero Ballyport está a poco más de doscientos kilómetros. Puedo venir muchos fines de semana. Luego, durante las vacaciones del verano... Hasta que me canse de venir por aquí.

—¿De verdad? —se alarmó ella.

—Entonces, te llevaré conmigo a Londres —afirmó Markham.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.